Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

El día que llegaron los Kherles





Los senadores que estaban con usted y el general Hagmon en la base subterránea murieron en un accidente aéreo cuando viajaban a la Casa Blanca para informar directamente al Presidente. Se llevaron a la tumba el secreto.

A. Thorkent

El día que llegaron los Kherles

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 15

ePub r1.1

Titivillus 05.09.2019

A. Thorkent, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL DÍA QUE LLEGARON LOS KHERLES

A. THORKENT

1

—¿Qué quieren de él?

A la pregunta formulada por el viejo siguió un silencio tenso.

La mujer que permanecía de pie junto a la ventana giró ligeramente la cabeza, miró a su interlocutor y le respondió:

—Tengo órdenes de encontrarle. Sé que usted puede darme una pista.

—¿Por qué yo? —El viejo se encogió de hombros—. Hace años que no tengo noticias de John.

Ella estuvo a punto de decide que mentía, pero volvió a esbozar una sonrisa apaciguadora. Aquel holandés, lo sabía, era terco y desconfiado, y sin embargo estaba convencida de que acabaría haciéndole hablar.

—Le envió dinero —dijo suavemente—. Lo hemos comprobado. Fue cuando usted salió del hospital y no tenía un centavo. De eso hace apenas tres semanas.

—Dígale a su jefe que se vaya al infierno.

—¿A qué jefe?

—Oh, vamos. Sabe a quién me refiero, a ése que está ahora al frente de la agencia. No hace falta que me muestre sus credenciales para que sepa quién es usted. Vaya, parece ser que ahora las eligen muy atractivas.

—Señor Van Moern…

—Escúcheme usted, preciosa. —El viejo la amenazó con un dedo que tembló ostensiblemente—. Si son tan listos y averiguaron que mi amigo me envió unos dólares para que no me muriera de hambre después de que me echaran a patadas de ese asqueroso hospital, ¿por qué no se estrujaron un poco más el cerebro y siguieron buscando hasta hallarle? Es evidente que conocen la ciudad desde donde él me socorrió.

—Por supuesto, pero cuando acudimos allí había desaparecido.

México
DF
fue tamizado concienzudamente por nuestros agentes.

—Está perdiendo su tiempo y haciendo que yo pierda el mío.

Van Moern se inclinó sobre la mesa y llenó un vaso, apurando las últimas gotas que quedaban en la botella de *whisky*. Lanzó un gruñido, como lamentándose de que se le acabara.

Ella le dejó beber a sorbos. Cuando el vaso estuvo vacío, dijo:

—Es preciso que le encontremos.

—Dígame para qué.

—No estoy autorizada.

—Entonces váyase.

Ella suspiró.

—He hecho un largo viaje y no pienso irme con las manos vacías. ¿Por qué no colabora?

El viejo echó un vistazo a la pequeña tarjeta que le había entregado la mujer cuando entró en su apartamento y que permanecía sobre la mesa. Aunque recordaba perfectamente el nombre de su visitante fingió que lo había olvidado y leyó:

—Ann Maycooper. —Cogió la tarjeta y la agitó—. Señorita Maycooper, ¿por qué no me deja en paz? Tenga, llévesela. Seguro que es un nombre falso.

—Aunque no lo crea es el mío —sonrió ella. Miró la pobreza que la rodeaba. El barrio que se veía a través de la ventana era uno de los más miserables de la ciudad. Era mediodía y aún persistía la niebla. El sol era incapaz de ahuyentarla.

—Dejen tranquilo a John —gruñó Van Moern.

—Lo necesitamos, señor. No lo buscamos para perjudicarle; es lo único que puedo decirle al respecto.

—Conozco demasiado bien su organización para creerla, señorita. John trabajó varias veces para el Gobierno, lo hizo bien siempre, con honradez, a pesar de que algunos trabajos que le mandaban no le gustaban. Una vez no terminó una misión a plena satisfacción de sus superiores y… —El viejo soltó la tarjeta y la contempló caer junto a sus pies—. Es mejor olvidar ciertas cosas —alzó la cabeza y la miró desafiante—. Se portaron cruelmente con él, demasiado cruelmente. Lo expulsaron del país, le arrebataron su ciudadanía apenas se promulgó la ley de selectividad nacional para

depurar el país. Fue uno de los primeros en sufrir ese gran error que surgió de la crisis del golfo Pérsico, y que aún hoy continúa.

—No hablemos de política, señor.

—Tampoco hablemos entonces de John. Admito que me envió dinero cuando se enteró de mi situación, y me alegro de que ya no esté en México. Ah, recuerde usted que esto no son los Estados Unidos y la agencia carece aquí de autoridad.

Ann Maycooper contuvo su deseo de suspirar y llamar viejo terco a Van Moern. No quería acabar empleando los medios más duros. Todavía podía intentarlo por la vía pacífica. De su bolso sacó un rollo de billetes que puso junto a la mano del viejo que descansaba sobre la mesa.

—Con esto podría pagarse un pasaje a cualquier ciudad de Florida o de California —dijo—. Usted necesita un clima templado para reponerse de su enfermedad.

—Me estaba preguntando cuánto tardaría usted en hacer esto.

—Sea práctico. Su ciudadanía jamás le fue revocada. Puede volver a la Unión cuando le parezca. ¿Por qué vive en este pequeño país, tan lejos de las fronteras de la que sigue siendo su nación?

—Sería muy largo de contar —replicó el viejo. Miraba los billetes, nuevos, sin la menor arruga. Calculó que allí debía de haber más de tres mil dólares. Con un dedo giró el rollo y contempló el rostro de un presidente recientemente fallecido, reelegido dos veces y que fue el protagonista de la violencia que vivió el mundo a finales del siglo.

—Usted pidió ayuda a John, señor Van Moern —susurró Ann—. Siempre supo dónde se encontraba su viejo amigo. Sin duda sabe dónde está ahora.

Van Moern cogió el dinero y lo lanzó al aire. Instintivamente, Ann lo cazó al vuelo y se quedó mirándole con un gesto de desconcierto. No había esperado aquello, semejante reacción de orgullo del holandés.

—¿Por qué lo hace? —preguntó.

—Son billetes de cien y llevan la efigie de alguien que siempre desprecié.

—¿Bromea? Sí, debe de estar bromeando; es una excusa demasiado materialista en usted para que sea verdad.

—Me sobreestima.

—Lo último que haría sería subestimarle. He leído en algún sitio, cuando me ordenaron que viniera a verle, que usted fue alguien importante, un colaborador de categoría del gobierno, allá por los ochenta.

—Me jubilé voluntariamente en el noventa y uno —rió Van Moern.

Pero su risa la captó Ann cargada de amargura. Entre muchas cosas que sabía del holandés, recordó que su salida de la élite de colaboradores circunstanciales de la administración tuvo un principio escandaloso, la prensa empezó a difundirlo y la censura establecida en aquellos años lo silenció rotundamente.

Renqueante, el viejo se incorporó y caminó hasta el pequeño cuarto que había en el fondo. Era la cocina y allí empezó a trastear entre los cacharros.

—Permítame que me ocupe de mi comida. El servido tiene hoy su día libre —gritó al tiempo que cerraba la nevera.

Ann titubeó. El rollo de billetes saltó varias de su mano y acabó dentro del bolso. Se encogió de hombros y dijo:

—Como quiera. En la tarjeta hay apuntado un número de teléfono. Estaré en la ciudad hasta mañana. Llámeme si cambia de opinión, Yo… Bueno, creo que podría mejorar la oferta de… ayuda.

—No se moleste buscando una palabra para que yo no piense que me propone vender a un viejo amigo. Váyase y déjeme. Oh, esta maldita pierna sigue doliéndome.

—Le conviene un clima templado y sin contaminación.

No obtuvo respuesta de Van Moern y se deslizó sin hacer ruido hasta la salida. Cerró la puerta suavemente.

Al pie de la escalera que se hundía oscura vaciló un instante. No puso el pie en el primer peldaño hasta que una sombra se agitó abajo y reconoció al agente que la había acompañado.

Bajó todo lo rápido que le permitió la escasa claridad que penetraba por el zaguán y se reunió con quien la esperaba.

Se trataba de un hombre joven y alto. La miró interrogadoramente y ella le explicó:

—Como suponíamos, ese viejo conserva un estricto sentido de la amistad, el honor y… ¡Qué sé yo!

—¿Y el dinero?

—Lo rechazó. Es una pieza extraña hoy en día —esbozo una

sonrisa comprensiva—. Sin embargo debemos admitir que es digno de admiración. Sufre una enfermedad incurable, camina sobre una pierna de hojalata y la otra no le durará mucho. No tardará en volver al hospital a que se la amputen también.

—No podemos esperar a que vuelva a pedir ayuda.

—Claro que no.

—¿Qué decides?

Se asomaron a la calle. Ann arrugó la nariz. Aquel suburbio de Balboa olía terriblemente mal. Sabía que Van Moern no la llamaría aquella noche ni nunca. Aunque le irritaba tener que reconocer que el viejo le resultaba simpático pese a su terquedad, no le quedaba otra alternativa que asentir con la cabeza y decir al hombre:

—Adelante con el segundo plan.

—Éste no fallará —sonrió el tipo.

Hizo una señal y de la multitud que deambulaba abúlicamente por la estrecha calle surgieron tres individuos. Por su aspecto parecían panameños, pero cuando se acercaron Ann, pese a verlos por primera vez, los identificó enseguida como agentes locales de la agencia.

Uno de ellos dijo que el vehículo lo tenían cerca y el hombre alto que había hablado con Ann respondió que subieran al piso que ya conocían.

—No quiero ningún altercado —recomendó antes de que empezaran a subir. Miró con aprensión el ambiente—. Si sospechan quiénes somos serían capaces de lincharnos.

Ann se inclinó hacia el zaguán y susurró:

—Nada de hacerle daño. Si lo maltratáis…

No siguió. La estaban mirando un poco extrañados. Les hizo un gesto para que se apresuraran y se apartó de la casa. Cruzó la calle, pasó junto al vehículo de sus compañeros y se detuvo delante de otro, un modelo antiguo pero con motor potente. Para cualquier nativo era algo anodino, que no llamaba la atención.

Abrió la puerta y se introdujo rápidamente, sentándose frente al volante. Una mano mendiga le fue tendida con gesto implorante y cerró la ventanilla bruscamente.

Con manos nerviosas, mientras vigilaba desconfiada su entorno a través de los sucios cristales, Ann encendió un cigarrillo. Tras exhalar un par de bocanadas entornó los ojos. Hasta ella apenas

llegaban los ruidos del exterior, quedaban fuera del coche, pero en sus retinas perduraban las imágenes de la calle repleta de gente.

Miró a través de los párpados semiabiertos. El mendigo se había retirado. Otras personas echaban un vistazo al coche cuando pasaban cerca. A pesar de tratarse de un modelo antiguo llamaba algo la atención en aquel barrio.

Pensó en el viejo Van Moern.

El ceño de Ann se frunció. Los agentes locales no eran de su confianza, pero sus jefes le dijeron que sólo podía contar con ellos. Llevar gente de confianza hasta Balboa no resultaba prudente. Estaban demasiado recientes los incidentes ocurridos pocos meses antes. El viejo tratado de devolución del canal seguía sin cumplirse y la guarnición bajo la bandera de la Unión Americana se había multiplicado por cinco desde entonces.

Ann aplastó el cigarrillo. Miró la hora. Habían pasado casi veinte minutos. Se preguntó cuánto tiempo iban a necesitar aquellos tipos.

Volvió a pensar en el holandés.

Aquel desgraciado no merecía sufrir más.

El agente alto y joven era un hijo de mala madre, se dijo. Ella sabía reconocer al instante a un sádico, pero confiaba en que… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Sebastián Vallejo. Tenía que fiarse de Vallejo, que no se pasara con el anciano. Van Moern tenía, sin duda, una salud muy quebrantada. No soportaría una sesión si se excedían en la dosis.

Encendió más cigarrillos. El cenicero del salpicadero tenía los restos de cinco cuando vio por el espejo retrovisor que regresaba el grupo.

Mientras los demás se alejaban en busca del otro vehículo, Vallejo se acercó a ella.

Ann le abrió la puerta y le dejó acomodarse frente al volante. Se puso otro cigarrillo en los labios.

—¿Y bien? —preguntó sin querer mirarle de frente.

Vallejo arrancó el motor y le tendió un papel doblado.

—Ahí tienes lo que buscabas.

Ann se lo guardó sin mirarlo.

—¿Van Moern…?

—Está bien —sonrió Vallejo.

—Sabré si me dices la verdad.

—¿Por qué esa preocupación por el viejo?

—Es importante que siga vivo.

—Oh, vivirá. Le soltamos la lengua pronto. ¿Qué más da que muera o no? Si es cierto lo que sé de él, no tardará en volver a que le corten la otra pierna.

La mujer rebuscó en su bolso y sacó el rollo de billetes que apenas hacía media hora había rechazado Van Moern.

—Quiero que se lo entregues —dijo poniendo el dinero sobre la guantera.

Vallejo calculó de un vistazo lo que había.

—Es mucha pasta.

—Es como lo quieren los jefes. No saques de ahí ni un solo billete. En El Paso sabré si me has dicho la verdad, si el viejo está bien y si ha recibido esos dólares.

—Sigo preguntándome por qué tanto interés —rió Vallejo.

—Porque la persona que él ha querido proteger debe saber que no se le ha causado… demasiado daño.

El hombre frenó delante de un semáforo y miró a Ann.

—Ese John Skawa debe de ser un pez gordo cuando os tomáis tantas molestias. ¿Qué pasa con él?

Ella apenas escuchó las palabras de Vallejo. Estaba deseando salir de la ciudad, volar al norte y rendir a sus jefes cuenta de su trabajo. Oyó que su acompañante insistía en satisfacer su curiosidad y le respondió con acritud:

—Esto no te incumbe.

Vallejo masculló unas palabras que Ann no captó. Era fácil comprender que aquel tipo la aborrecía. Los agentes de la agencia que actuaban fuera de las fronteras de la Unión Americana, en constante peligro dentro de un territorio hostil, envidiaban a sus privilegiados compañeros que sólo aparecían por allí esporádicamente y siempre volvían a la tranquilidad y prosperidad tan añoradas.

2

A veces ocurría una especie de milagro y el correo funcionaba con cierto decoro.

Sentado en un rincón del local, con la espalda pegada a la pared como era su costumbre, Skawa sacó la arrugada carta que recibiera por la mañana y empezó a leerla por tercera vez después de apurar su vaso de tequila.

Casi se la sabía de memoria. No dejó de sonreír mientras releía las temblorosas líneas. Van Moern le agradecía el dinero y al mismo tiempo se lo reprochaba. Seguía tan orgulloso como siempre, pensó Skawa. Hizo una seña a la camarera agitando al aire el vaso vacío.

—Mejor te traes la botella, preciosa —dijo.

No tenía nada de bonita y el piropo la hizo sonreír e impulsarla a moverse más deprisa.

—Son diez pesos. Pesos nuevos, claro —le pidió la camarera, como lamentando tener que cobrarle la bebida. Desde hacía varios días Skawa era un cliente asiduo en el local y sus propinas solían ser bastante generosas.

John sacó de su cartera un billete flamante de entre otros más arrugados y con mayor denominación. El tambaleante gobierno mexicano había decretado recientemente una reconversión monetaria, diez mil pesos viejos por uno nuevo. Skawa recordó que hacía sólo dos años se produjo otra reforma financiera, aunque no tan drástica como la actual. La inflación era ya un potro desbocado que no había forma de detener.

Bebió un nuevo vaso y chasqueó la lengua. Miró despacio el local. No había mucha gente. Más tarde se llenaría, sin duda. Entonces sería la hora de marcharse, como solía hacerlo todas las noches. Era peligroso deambular por la ciudad, sobre todo por las calles de aquel barrio, después de las once. Las escasas patrullas de soldados se retiraban, lo cual podía ser un síntoma de seguridad

porque a veces eran los mismos patrulleros quienes asaltaban a los transeúntes solitarios.

Su hotel, por llamarlo de alguna manera, estaba cerca, apenas a tres manzanas, y no tenía que salir de la avenida, amplia y bastante alumbrada, para llegar a él.

Además, si algún tipo pensaba que podía sacarle algún dinero se llevaría una sorpresa. Siempre tenía a punto su pistola y todavía era capaz de dispararla en una fracción de segundo, a corta distancia o teniendo muy lejos el blanco.

Guardó la carta y se dedicó a observar con ojos entornados a un hombre delgado y no muy alto que acababa de entrar. No lo había visto nunca antes. Tenía aspecto de veracruzano y caminó cansinamente hasta la barra, en la que se apoyó. Pidió un *whisky*.

Skawa sonrió. En silencio llamó estúpido al recién llegado. ¿Es que ignoraba que el *whisky* que podía beber allí le perforaría el estómago? Se falsificaba pésimamente, y por la ciudad caminaban muchos incautos con un bastón blanco que habían perdido la visión a causa del alcohol metílico que solía usarse en su elaboración.

Un amigo le había recomendado hacía tiempo que sólo bebiera tequila. Ni siquiera el ron ofrecía una mínima garantía en México. Por el momento el tequila seguía bajo control sanitario y se podía confiar en los precintos de garantía.

Se había distraído un momento, y cuando levantó la cabeza descubrió al hombre pequeño y delgado delante de él. Sostenía en su mano derecha el vaso de *whisky* todavía lleno.

Skawa lo miró directamente a los ojos y apenas pudo distinguirlos porque tenía los párpados semicerrados.

—¿Qué quiere? —preguntó en español.

Aunque había pensado que aquel hombre podía ser norteamericano, la experiencia le recomendaba que se expresase siempre en español. Una sola palabra en inglés podía convertir en gente furiosa a los tranquilos parroquianos de la taberna.

—¿Puedo sentarme?

El acento de aquel hombre era germánico. Skawa se preguntó si esto no le había ocasionado problemas.

Se sentó antes de que Skawa se lo permitiese. Siguió mirándole y su mano derecha bajó hasta rozar la culata de la pistola, mientras la izquierda acariciaba el vaso.

—Me llamo Otto —dijo el individuo intentando sonreír un poco, cosa que debió de costarle mucho esfuerzo porque apenas consiguió forzar una mueca.

—Y yo Fritz —replicó Skawa.

—Otto Lang. —Su sonrisa se extendió un poco más. Vertió el contenido de su vaso de *whisky* y tomó la botella de tequila, preguntando—: ¿Puedo?

Skawa asintió y lo vio llenar el vaso hasta el borde.

—Ese *whisky* olía a demonios.

—Dígame cómo huelen los demonios.

—Le he dicho mi nombre. ¿Cómo me dijo que se llama?

—Se lo digo ahora. Me llamo Juan.

—Ah, sí. John al otro lado de Río Grande.

Los músculos de Skawa se tensaron. Si al principio había pensado que iba a soportar a un aburrido borrachín, su sexto sentido le gritaba ahora que tuviese cuidado.

—¿Qué quiere? —preguntó suavemente.

Otto se inclinó y dijo en voz baja:

—Tengo dinero suficiente para conseguir una documentación falsa que me permita cruzar la frontera.

—Está loco…

—¿Por qué? —rió el otro—. Está pensando que no debería fiarme de usted, de nadie en esta ciudad. Y tiene razón. Pero sé que usted también desea volver a su país. Conoce a quien le puede facilitar los papeles, aunque no puede pagarlos…

Skawa desechó la idea de que fuese un agente del gobierno. Por el momento las autoridades federales mexicanas no se preocupaban de asuntos menores. Había problemas mucho más urgentes e importantes que resolver.

—Acabo de llegar a la ciudad, aquí es por ahora lo más que puedo aproximarme a la frontera —siguió Otto—. Actualmente la tenemos a cíen kilómetros. Los yanquis la bajaron mucho después de la crisis. Esto es una ventaja, ¿no?

Intentaba ser irónico, pensó Skawa llegando a la conclusión de que conseguía un resultado totalmente opuesto. Le parecía tétrico.

Al crearse la llamada Unión Americana bajo el patrocinio de Estados Unidos y Canadá, tras finalizar la corta guerra y la crisis, algunos incrédulos creyeron en el contenido del programa.

Creyeron en el proyecto, sobre todo, los pueblos. Tal vez los políticos desconfiaban, pero callaron por miedo o porque previamente habían recibido dinero en abundancia.

Unidades armadas desembarcaron en diversos puntos de la América Latina, como un paso previo a la unificación política y económica. Estranguladas por su secular deuda externa, las naciones se sometieron en un principio y los ciudadanos confiaron en que la prosperidad regresaría a ellos de manos de los poderosos vecinos del norte.

En un primer paso, dijeron, las fronteras descendieron provisionalmente y se detuvieron a un centenar de metros de la monstruosa urbe que era México D. F., al mismo tiempo que se afianzaban los gobiernos provisionales dependientes de la Unión en la península del Yucatán, diversas islas del Caribe, gran parte de Venezuela y Brasil y una considerable zona de la pampa argentina.

Cuando se dieron cuenta de que sólo se aseguraban el suministro de materias primas y controlaban los casi vacíos pozos petrolíferos, y el ambicioso proyecto de unificación del continente se suspendía, los conatos de rebelión apenas existieron, y los pocos que se produjeron fueron sofocados con facilidad.

Así estaban las cosas desde hacía unos años, pensó Skawa sin dejar de mirar a su inquietante acompañante. Por esto la broma de Otto se le antojaba cargada de un humor lúgubre.

—¿Tuvo alguna vez la ciudadanía americana? —preguntó John.

—¡Claro que sí! —estalló el otro—. Me la arrebataron hace cinco años.

—¿Por qué?

—Podría responderle que eso no importa, pero usted se merece la verdad. Me acusaron de malversación de fondos, de corrupción. ¡Tiene gracia! Me borraron de la lista de los privilegiados los mismos que roban al contribuyente cada día.

—¿Dónde estuvo antes de aquí?

—Me largué a Europa, pero aquello se ponía peor por momentos y regresé a Cuba, desde donde pasé a Colombia y más tarde aquí. Pensé que estando cerca de mi país me sería más fácil…

Skawa le interrumpió:

—Tómese el tequila y lárguese.
—Eh, oiga. Calma, amigo.
—Me está cansando su presencia.
—Mire, yo estoy aquí para proponerle un buen negocio. Tengo dinero suficiente para que el mejor falsificador nos proporcione documentación a los dos. Si usted me lleva ante uno podría pasar la frontera conmigo. Yo corro con los gastos.
Skawa soltó una risa corta y despectiva.
—Por unos dólares podría encontrar a quien le pusiera en contacto con el falsificador más hábil de la ciudad; le saldría más barato.
Otto miró atrás con recelo.
—No tengo tiempo. Debo salir de aquí cuanto antes. Me siguen.
—¿Quiénes?
—Agentes de la Unión. En Cleveland tengo más dinero. Lo oculté antes de huir, no tuve tiempo de recogerlo. ¿Qué le parecen cinco mil una vez al otro lado?
Skawa no dejó de sonreír. Se inclinó sobre la mesa. Su interlocutor palideció al sentir en su estómago el cañón de la pistola que John amartillaba debajo del tablero.
—Es silenciosa. Si le disparo nadie se dará cuenta hasta que yo me haya ido, y ni uno solo se atrevería a decir nada. El dueño del local tiraría su cadáver al sumidero.
—Escuche… Yo…
—Tiene un minuto para explicarme por qué me ha elegido. ¿Por mi cara?
Otto no se atrevió a retroceder un solo milímetro.
Temía que si el hombre de color sentía que se retiraba no dudaría en apretar el gatillo. Miró a Skawa. Pese a haber rebasado los cuarenta años seguía teniendo los ojos limpios, agudos. No le temblaba la mano que podía ver y sentía que la otra, armada, sujetaba la pistola con firmeza. Ni siquiera sudaba, apreció, como él estaba sudando.
—Me hospedo en su mismo hotel —balbució Otto—. Le he visto y…
—Siga.
—Su apellido es Skawa, aunque también le conocían hace tiempo por el apodo de Illinois.

John parpadeó, lleno de sorpresa. Era una desagradable sorpresa, pensó. Retiró un poco la pistola y Otto, al sentir que el cañón dejaba de hundirle el estómago, respiró aliviado.

—No se pase, compañero —dijo Skawa, bebiendo tequila con la mano izquierda—. Pienso que tiene cosas muy interesantes que decirme.

—Usted no se acuerda de mí, Skawa, pero yo le conocí cuando usted servía en las Legiones Internacionales durante la campaña en el golfo Pérsico.

—No recuerdo su cara.

Otto explicó:

—Usted era el único negro… Bueno, el hombre de color que mandaba un pelotón de la tercera compañía. Me fijé en usted y me enteré de su nombre.

—Tiene una buena memoria.

—Asistí como espectador a su juicio, escuché la sentencia que dictaron contra usted, y le juro que maldije a los bastardos que le expulsaron del ejército.

—Y además me quitaron la ciudadanía.

—Sí, también.

—¿A usted también le suspendieron los privilegios?

—No, yo terminé el contrato. Mis problemas comenzaron después, cuando regresé a Cleveland, ya se lo he dicho.

—¿Por qué piensa que puedo ayudarle?

—El conserje me habló de usted, que frecuenta este local. ¿No lleva varias semanas en la ciudad? Pues entonces debe conocer mejor que yo los contactos, los enlaces. Seguro que sabe de alguien que entienda de pasaportes.

Nerviosamente, Otto se llevó una mano al interior de su chaqueta. Al percibir que Skawa volvía a hundirle la pistola en el estómago, sonrió y sacó muy despacio una cartera, la abrió tras colocada sobre la mesa y le mostró bastantes billetes emitidos en la Unión.

—¿Se convence? —preguntó sonriendo como un reptil—. Hay unos diez mil.

Skawa se humedeció los labios. Después de haber enviado el mes anterior parte de su capital a Van Moern no veía el futuro muy limpio. Aunque siguiera cambiando sus dólares cada día, según sus

necesidades, obteniendo cada vez más pesos pero también menos valiosos a causa de la inflación, pronto se le acabarían.

Y lo cierto era que estaba cansado de la ciudad. Deseaba regresar a la Unión, a Estados Unidos o lo que fuese ahora. En Illinois, su estado natal, sabría salir adelante, incluso con una identidad falsa. Las cosas, lo sabía, estaban lo bastante revueltas como para temer que fuera descubierto por la policía. Después de unos pocos meses nadie sería capaz de descubrirle.

—Vamos al hotel —dijo Skawa levantándose. Se dirigió al mostrador y arrojó un montón de monedas mexicanas, pidiendo—: Lupe, dame una botella de esas que guardas.

Recogió una botella de coñac español y empujó a Otto hacia la salida.

Recorrieron sin ningún problema las calles, llegaron al hotel y en el vestíbulo dijo Otto:

—Tengo mi habitación junto a la suya, y un par de vasos limpios.

Skawa asintió y caminaron por el pasillo. Se detuvieron delante de la puerta de Otto y éste sacó su llave. Parecía muy contento, profundamente aliviado.

—Me alegro de que haya aceptado, señor Skawa. —Abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras y empezó a tantear la pared para encender las luces—. Considerará afortunado para usted que yo le haya reconocido, de veras, sobre todo ahora que dispone de tan poco dinero en moneda de la Unión…

John actuó rápidamente. Propinó un puñetazo a Otto y encendió la luz. Cerró la puerta tras su espalda y miró al individuo, furioso. Empezó a amartillar la pistola.

—Maldito hijo de puta —masculló—. ¿Cómo sabes que apenas tengo pasta? ¿Es que me seguiste a la oficina de correos y me espiabas cuando llené el impreso?

Desde el suelo, Otto se revolvió y gimoteó al ver el arma tan cerca de su cara.

—No, no… Yo lo supuse, lo creí. ¿Cómo iba a saber que enviaste dinero a Balboa?

Skawa resopló.

Su sexto sentido que le advertía del peligro no había sido eficaz del todo, pensó. Había tardado mucho en comprender que, por

algún motivo inescrutable, le seguían de cerca, y lo peor era que habían involucrado a Van Moern.

—Te mataría ahora mismo si no fuera porque has de decirme muchas cosas.

Estaba demasiado furioso y cometió una torpeza tras otra.

Su primer error fue no echar un vistazo a la habitación. La segunda equivocación consistió en agacharse para agarrar a Otto por la camisa y zarandearlo. Dio la espalda a la pequeña puerta que comunicaba con el lavabo. Lo hizo durante unos segundos y esto fue definitivo.

Tres hombres se arrojaron sobre él. Logró efectuar un silencioso disparo. El proyectil se hundió en el estuco del techo.

No apretó el gatillo de nuevo. Algo le golpeó la muñeca y soltó el arma.

Luego sintió un dolor en el cuello y se le doblaron las piernas.

A continuación notó que se le hundía algo muy frío en la pierna y perdió el sentido.

3

El general Pelham miraba de reojo al hombre alto y de escasos cabellos rojos que se movía por el Pentágono como si le perteneciera.

Y no era sino un enviado del CEM, pensó amargamente.

No obstante, recapacitó intentando recobrar la calma, poseía el respaldo del Presidente, que él mismo había comprobado leyendo el pliego con el membrete de la Casa Blanca y firmado por el primer mandatario de la Unión Americana.

Robert Gordon, Bob para los amigos, como le había dicho cuando se estrecharon las manos, sonreía poco, solía mencionar a veces que su jefe, el director del Comité Económico Mundial, Percival O’Hara, había sido su profesor en Yale. Lo decía como si fuera un honor del que se sentía muy orgulloso.

Gordon se atusó los pocos cabellos y se volvió, dejando de mirar a través de la ventana.

Pelham le descubrió un ligero tic nervioso en la mejilla derecha. Comprendió que se impacientaba y trató de calmarlo:

—Todo ha salido perfectamente, señor Gordon. Nuestro hombre estará aquí en breves minutos. ¿Por qué no se sienta y bebe otra copa?

Gordon asintió y el general le sirvió una generosa dosis de *whisky*. Lo hizo con un poco de pena. En la botella no quedaba mucho de aquel auténtico escocés que alguien le regalara una vez y que conservaba en su despacho como si se tratase de una joya.

Ahora estaba arrepentido de su generosidad y pensaba que debió

haber sacado una botella menos valiosa. Entre los defectos que ya había descubierto en Gordon figuraba el de gustarle demasiado el *whisky*, al menos su *whisky* de doce años.

—No pensé que este asunto acabara aquí —dijo Gordon en medio de un agitar de manos.

—La agencia tuvo problemas a última hora en la frontera. Los carabineros mexicanos casi lo echan todo a perder y el ejército tuvo que intervenir.

—El Presidente prometió a mi jefe que se nos entregaría el hombre.

—Ahora es diferente. Los consejeros del Presidente han debido insistir en que cambiara de opinión. A partir de este momento todo se llevará a cabo en estrecha colaboración con nosotros, señor Gordon. Téngalo muy en cuenta.

Pelham sonrió y consideró que había llegado el momento de mostrar sus cartas.

—El Estado Mayor —continuó— me ha enviado un comunicado dándome instrucciones. Es cierto que debo colaborar con usted en todo y suyas serán las decisiones, pero…

Gordon enarcó una ceja. Dejó de beber y miró al general fijamente.

—¿Qué está insinuando?

—El Presidente le ha dado a usted unos poderes especiales, que por supuesto no pienso discutir, pero luego añadió que yo debo ser puesto al corriente de todo. ¿Lo entiende?

El general extrajo un sobre de un cajón y sacó un papel que desdobló cuidadosamente y colocó sobre la mesa, delante de los ojos de Gordon. El pelirrojo leyó su contenido.

Al acabar, se encogió de hombros, apuró el resto del *whisky* y dijo:

—Está bien. Le contaré algunas cosas después de que haya hablado con nuestro personaje.

—Tenemos tiempo —sonrió el general.

—El asunto es confuso —se excusó Gordon—. Mi siquiera yo estoy enterado a fondo. Los detalles…

—Cuénteme lo que sabe.

Gordon agitó la cabeza y soltó un gruñido ronco.

—¿No sabe nada respecto a John Skawa?

—En absoluto. Jamás oí hablar de él. ¿Qué ha hecho?

—Hace años trabajaba para un individuo de origen holandés llamado Van Moern. Era una especie de detective, un asesino a sueldo o un espía; no lo sé bien. Tengo entendido que a veces llevó a cabo misiones extraoficiales para el gobierno, sobre todo en países centroamericanos. La CIA o el FBI se valían de él cuando necesitaban un experto o no querían involucrarse. Por eso le fue encomendada una misión en un pequeño país.

—Al parecer siente predilección por las naciones de origen hispano —dijo el general—. Fue cazado en México.

—Lo sé, lo sé: Habla perfectamente el español y domina varios idiomas, es astuto, experto luchador, un gran tirador de armas cortas y largas y… Bueno, quizá debería decir que era todo esto, porque los años no perdonan. Debe de tener ahora unos cincuenta años —entornó los ojos—. Exactamente cuarenta y nueve. Según nuestras noticias hace unos años tuvo problemas porque empezó a drogarse, pero se recuperó.

Todo se debió a un mal momento. No es seguro, pero sospechamos que intentó suicidarse en una ocasión.

—Un tipo muy extraño.

—Ah, sí. Y es negro —sonrió Gordon de oreja a oreja.

—No creo que sólo por eso se le retirara la ciudadanía americana…

—¿Lo sabía?

—Es uno de los pocos datos que poseo de Skawa. ¿Qué crimen cometió?

—Fracasó estrepitosamente en la última misión que desempeñó para el gobierno.

Pelham se echó hacia atrás. El asunto empezaba a despertar su curiosidad.

Con un gesto invitó a Gordon a que prosiguiera su relato.

—Por su culpa se perdió el único vehículo interplanetario que pudo conseguir nuestro gobierno en medio siglo —Gordon sufrió un desencanto al no ver ningún gesto de sorpresa en el militar—. El objeto fue encontrado en Centroamérica y traído a nuestro país bajo

un secreto perfecto. Sólo un reducido grupo de personas conocía su existencia.

—¿Cuándo ocurrió?

—Unos meses antes de que se iniciara la crisis del golfo Pérsico.

—¿Y dice que Skawa fue el causante de que se perdiera el platillo volante?

—¡Por dios, general! —sonrió Robert Gordon—. ¿Por qué debía ser un platillo volante?

—¿Qué era entonces?

Gordon se encogió de hombros.

—No lo sé. Una nave muy extraña, sin un mecanismo aparente que la impulsara. Al menos no se descubrió su motor o lo que fuera durante el tiempo que la mantuvo el gobierno, por cierto, bajo la custodia del ejército —acentuó socarronamente la sonrisa.

—¿De quién fue la culpa realmente?

—Digo yo que no debió de ser solamente de Skawa, pero a él le echaron todas las culpas. Había unos senadores por medio; sus versiones del asunto fueron contradictorias y… ¡Zas! Skawa acabó en la cárcel, se le quiso someter a juicio y el problema se zanjó condenándole a perder la nacionalidad de la incipiente Unión Americana.

—¿Qué hizo Skawa?

—Ni siquiera apeló. Se retiró y unos años después se enroló en las Legiones Internacionales, sin duda seducido por el señuelo de que si luchaba bien por el nuevo orden mundial de aquella época podía recuperar sus privilegios.

—Obviamente no los obtuvo.

—Claro que no. Pocos tipos de ese hatajo de mercenarios, que dieron la cara en nombre de la agonizante organización de las Naciones Unidas y que nos sacaron las castañas del fuego, recibieron un pasaporte de la Unión. Luego anduvo de un lado para otro, en Europa, combatiendo para los surafricanos y… ¡qué sé yo! Le repito que de su historial completo recibí un extracto, nada más.

—¿Y qué se proponen conseguir de él? —el general se rascó la barbilla. Miraba la botella. Tenía ganas de beber un poco más de *whisky*, pero llenar su vaso le obligaba a invitar a Gordon.

—¿No lo adivina?

—En absoluto.

—Está por medio el asunto de la Estación lunar.

Pelham enarcó una ceja, luego le tembló la otra.

—¿No se equivoca? ¿Está seguro de lo que dice?

Gordon asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—¡Skawa no puede ser un experto en asuntos de objetos alienígenas, no al menos después de tanto tiempo!

Bob Gordon contuvo sus ganas de reír. Le habían dicho que los militares estaban en total oposición a que el Comité Económico Mundial Interviniera en el asunto. La actitud iracunda del general se lo confirmaba.

—Todas las demás personas que intervinieron en el encuentro y la desaparición de la nave han muerto. Sólo queda Skawa.

Pelham agarró la botella y se echó un poco de *whisky*. Gorjeó unas palabras incomprensibles, se aclaró la garganta y dijo:

—Un maldito negro… Un fugitivo, un tipo sin patria, resentido y lleno de amargura; exdrogadicto, borracho, jugador y asesino… ¿Cómo confiar en él? ¿De quién ha partido la absurda idea de ponerle al corriente de lo que está sucediendo? El asunto es demasiado importante para que la gente lo sepa.

—Tarde o temprano se filtrará algo, ¿no?

Sonó el teléfono, el general lo descolgó y escuchó unos instantes, respondió con monosílabos y lo dejó caer en la horquilla. Miró a Gordon y le dijo:

—Skawa acaba de entrar. Estará aquí en unos minutos. ¿Quién le pondrá al corriente?

—Ya ha sido elegida la persona adecuada.

—¿Un militar?

—No.

—Entiendo. Es un miembro del

CEM

.

—Así es. Trabaja para nuestra agencia especial. Ha llevado a cabo la misión, y ya ve usted que con magníficos resultados.

—¿Fue acaso muy hábil el jaleo en la frontera mexicana? Allí hubo tiros y el gobierno de México ha presentado un montón de protestas.

—Bah, no pasarán de ahí.

—La América Latina hierve por todas partes, nuestros enclaves

están amenazados constantemente. Eso no es ninguna broma.

—¿Qué pueden hacer? Nos deben hasta los calzoncillos. Su deuda aumenta cada día. Mientras el Comité Económico les amenace con suspender los créditos no harán nada, y mientras tanto siguen confiando en que algún día se integrarán en la Unión.

—Llevan esperando años.

—Mientras esperan no perderán la esperanza —Gordon entornó los ojos—. Ustedes están deseando intervenir y dar otro empujón a la actual frontera. ¿Me equivoco?

—Han debido decirle a usted que soy partidario de una acción dura. Pienso como muchos de mis compañeros, señor Gordon. Nuestro avance debió prolongarse más, hasta unir a lo largo de la costa este nuestra posición con la península del Yucatán.

—¿Y absorber la capital? No sea loco, general. De ningún modo debemos cargar con la responsabilidad de una gigantesca ciudad con más de veinte millones de habitantes, la mayoría hambrientos.

—Ustedes lo ven todo desde el punto de vista económico.

—Y ustedes en cambio se dejan llevar por las estrategias convencionales —suspiró Gordon—. Su espíritu militar les ciega a veces. Recuerde el pacto secreto con Rusia.

—Cualquier día se cansarán de él y lo romperán, cuando nos larguen su enjambre de misiles.

—No lo harán nunca. La URSS recibió su tajada y por el momento tiene bastante. No lo digerirá en muchos años.

—¿Confía en que Skawa colaborará? —preguntó el general.

—Lo hará, no le quepa duda. Por cierto, ¿podemos pasar a la habitación desde donde veremos y oiremos todo?

—Ah, sí.

Pelham se levantó y cruzó la puerta que había al fondo de su despacho. Gordon le siguió. Pasaron delante de una pareja de policías militares y entraron en una estancia que permanecía a oscuras.

El general encendió una tenue luz y se sentaron frente a un cristal. Al otro lado de éste vieron a dos personas que en aquel momento se acomodaban junto a una mesa.

Eran una mujer joven y un hombre mayor de piel negra.

—¿Skawa? —preguntó Pelham en voz baja.

Gordon asintió con una sonrisa en los labios.

4

Skawa escrutó de soslayo el espejo que tenía a su derecha. Sabía por experiencia que detrás debían estar observándole.

Fingió no sospechar nada y miró a la chica.

Era muy bonita, e increíblemente joven para estar metida en aquel asunto. Sin duda pertenecía a la agencia, la organización que dependía del CEM y ejercía en todo el mundo una acción policíaca más terrorífica que las SS de Hitler, la CIA, el FBI, la NKVD y todas las bandas de espionaje y contraespionaje del mundo, que existieron y existían.

—Hacía años que no estaba aquí —comentó.

—Me lo figuro —dijo la chica—. ¿Un cigarrillo?

Skawa lo aceptó y durante un momento fumaron en silencio.

—Vamos, dispare —dijo John.

—¿Impaciente? —preguntó Ann Maycooper.

—Se han tomado demasiadas molestias conmigo. Si me hubieran pegado un tiro en la nuca y arrojado luego a una cuneta todo esto tendría una lógica —agitó la cabeza—. Pero traerme hasta aquí…

—Es que es aquí donde le queremos, señor Skawa.

—Olvidé la última vez que me llamaron señor.

Ella aplastó el cigarrillo en un cenicero de latón, cruzó los dedos y dijo con voz firme:

—He estado tres meses tras su pista, Skawa.

—Me halaga. ¿Cómo me encontró?

—Antes localizarnos a Van Moern. Lo vigilamos desde que supimos que usted le prestaba cierta ayuda económica de vez en cuando.

Las manos de Skawa se crisparon. Aunque parecía a simple vista que la chica no estaba armada, presentía que si se ponía nervioso e intentaba algo para fugarse, un enjambre de polizontes caería enseguida sobre él.

—Van Moern no ha podido decirles nada respecto a mí voluntariamente. ¿Qué le han hecho?

—Nada, ningún dolor físico se le ha infligido. Se lo juro. También nos hemos ocupado de él. Está en un hospital de Puerto Rico. Le sacamos de Balboa.

—No lo creo.

—Más tarde podrá comprobarlo. Dejaremos que le hable por teléfono, e incluso le verá. Un equipo médico dejará a ese anciano como nuevo.

—¿Por qué se han vuelto tan caritativos de repente?

—Al principio yo pensé dejarle sólo un poco de dinero, pero más tarde convencí a mis jefes de que debíamos ocuparnos de él.

—¿Por caridad?

—No. La verdad es que pensé que usted estaría dispuesto a colaborar con nosotros si lo hacíamos.

—Le agradezco su sinceridad. ¿Quiere decirme ahora para qué demonios me han traído al Pentágono?

—Usted ha añorado siempre su nacionalidad.

—Es lo menos malo que a uno puede ocurrirle hoy en día. Han hecho ustedes bueno que yo pretenda ser un ciudadano de la Unión más que otra cosa, por el simple método de haber convertido el resto del mundo en una basura.

—No es muy patriótico lo que ha dicho.

—Es la verdad.

—La política de la Unión siempre ha estado impulsada por el deseo de dar bienestar a sus ciudadanos.

—Me va a hacer reír.

—Ojalá. Skawa, si usted está dispuesto a colaborar con nosotros, lealmente, tendrá su pasaporte, una suma de dinero y el olvido de

su pasado.

—¿Tengo que matar al líder ruso?

—No hay que matar a nadie.

—¿Qué quieren de mí? ¿Ya se han olvidado de que, según ustedes, por mi culpa se perdió esa mierda de nave hace veinte años?

—Precisamente por eso, porque usted la perdió, queremos su ayuda.

—¿Para que la recupere? —rió Skawa. Alargó la mano y cogió otro cigarrillo del paquete de la chica.

—No es preciso, señor Skawa. Esa nave ha vuelto.

John Skawa no acabó de llevarse el cigarrillo a los labios.

5

El general Pelham se removió lleno de inquietud en el asiento. Masculló:

—Esa chica va demasiado directamente al asunto. —Sabe lo que hace. Es uno de nuestros mejores elementos. Confíe en ella.

El militar se rascó el mentón.

—Ese negro es demasiado viejo. No aguantará el viaje.

—Es fuerte.

—¿Qué pasará si no pasa el examen?

—Lo pasará. Debe ir a la Luna, general.

Éste objetó:

—Se nos puede morir allí…

—Entonces sabríamos que no es capaz de resistir —rió Gordon.

Pelham se inclinó un poco. Hasta él llegaban las palabras de Ann Maycooper. Le estaba recordando a Skawa, de forma sucinta, las circunstancias extrañas que rodearon la desaparición de la nave.

—Siempre quise saber cómo demonios se esfumó un vehículo que carecía de sistema de impulsión —gruñó el general.

—Y nosotros —suspiró Gordon. Hizo un ademán para que guardara silencio—. Quizás ahora nos lo diga Skawa.

6

Ann decía:

Los senadores que estaban con usted y el general Hagmon en la base subterránea murieron en un accidente aéreo cuando viajaban a la Casa Blanca para informar directamente al Presidente. Se llevaron a la tumba el secreto.

Skawa asintió.

—Y el general Hagmon sufrió un infarto dos días después. Quedé yo solo y nadie me creyó. Un momento… ¿Y la chica?

—Desapareció. No se presentó cuando la llamaron.

—De eso no me enteré.

—A usted le encerraron las autoridades militares, bajo un montón de acusaciones, pero le soltaron, contentándose con dejarle fuera del país y sin pasaporte.

—Creo que se precipitaron un poco —rió Skawa—. Luego me enteré de que andaban buscándome de nuevo.

—Entiendo. ¿Por eso iba siempre escondiéndose?

—Claro. Una vez intenté redimirme, si es que debía redimirme de algo, y firmé con las Legiones Internacionales.

—Conozco toda su andadura por ese cuerpo.

Skawa jugueteó con el cenicero.

Desde hacía un rato su mente era un torbellino de ideas. Demasiados sucesos, viejos y casi olvidados, acudían a su mente.

—¿Dónde ha aparecido la nave?

—Está en la Luna.

Al hombre se le formó un nudo en la garganta.

—¿Qué hay dentro?

Ann sonrió dulcemente, de una forma que Skawa creyó sincera y por ello no pudo reprimir un estremecimiento. ¿Es que una colaboradora del
CEM

podía mostrar sentimientos de esta forma?

—¿Piensa en el niño?

John agitó la cabeza.

—Usted calló en su confesión casi todo lo referente al niño. ¿Por qué?

—Condenación, lo hice cuando comprendí que no querían creerme. Si hubiera dicho entonces la verdad me hubieran encerrado en un manicomio.

—Pero no debía ser así, ya que se pensó que sólo un paranormal como… —Ann consultó en un librito de notas que sacó apresuradamente de su bolso de mano—. Se llamaba Ted Hallison.

—Un chico encantador. Me quería mucho.

—¿A usted?

—Sí, y a la chica que era su protectora, a Carla Rossi.

—Ah, sí, la que desapareció.

—Fue afortunada. Se libró de un montón de problemas.

—Tal vez no le benefició a usted. Si ella hubiera declarado, y coincidido su versión con la suya, le habrían creído.

—De ninguna manera. Los generales estaban tan enfurecidos que no razonaban. ¿Cómo podía decirles que el chico se largó con la nave, un casco vacío, y nos dejó a todos chasqueados?

Ann parpadeó. Preguntó ansiosamente:

—¿Eso hizo?

—Sí, sí. Ted se despidió de mí. Me dijo que los constructores de la nave que permaneció escondida en la Tierra durante siglos, le habían llamado.

—¿Ted habló con los constructores de la nave?

—No estoy seguro. Ya no recuerdo bien lo que me dijo, exactamente lo que me contó antes de partir —sacudió la cabeza—. Creo que se refirió a que la nave le era amistosa.

—¿Amistosa una nave hueca?

—¡Hace veinte años de eso! No lo recuerdo bien. Lo cierto es que Ted, ayudado por Carla Rossi, se compenetró con la nave, la entendió y se marchó a bordo de ella.

—Es fabuloso.

—Es increíble si se cuenta, pero ocurrió de esta forma. Al principio tenía pesadillas, angustiosas pesadillas, pero acabé por acostumbrarme y ya casi lo tenía olvidado. —Se secó el sudor con la

mano. Tenía toda la cara húmeda, brillante la piel—. Otra vez vuelven los viejos fantasmas. Jesús, y me insinúa que esa nave ha vuelto.

—No se lo insinúo, señor Skawa; se lo garantizo. Apareció hace cuatro meses flotando alrededor de la estación.

—¿La estación abandonada?

—Sí. ¿Creyó que estaba posada en la Luna?

—Eso pensé. ¿Cuatro meses y sin dar señales de vida?

—Ninguna… Está silenciosa y quieta como la otra.

—¿Otra?

—Oh, soy una estúpida —se disculpó Ann con una sonrisa tibia —. Me preparé para contárselo todo por orden. Hay otra nave, Skawa. Es grande, esférica y casi negra. A veces brilla en tonos azules y dorados, no emite ninguna radiación y gira alrededor de la pequeña, como si fuera una nodriza cuidando de su bebé.

—¿Están seguros de que se trata de la nave donde se marchó Ted Hallison?

—Este punto ha sido debidamente cotejado con las fotografías que se disponen.

—¿No hay duda alguna? ¿Es la misma?

—Si no lo es se trata de su hermana gemela.

—¿Cuál es el problema?

—Obviamente entrar en contacto con los seres que viajen a bordo.

—¿Y suponen que yo puedo hacerlo?

—Es evidente.

Skawa sintió un ligero mareo. Apenas habían pasado treinta horas desde que fue atrapado en el hotelucho en ciudad de México y su organismo no había eliminado todavía la droga que le inyectaron. Miró con cierto terror a Ann. ¿Es que ella pensaba lo mismo que él?

—Han llegado a la conclusión de que Ted está dentro, ¿no?

—Entre otras, sí.

—¿Han llevado a cabo algún intento violento de entrar?

—Ninguno. De las bases de la Unión y rusa despegaron varios vehículos en el primer momento y rodearon la estación. Se limitaron a vigilar, a escuchar y tratar de penetrar en las dos naves por medio de rayos Roentgen. Todo fue inútil.

—¿Y pensaron enseguida que debían encontrarme?

—Así es. Aunque jamás lo llegó a pensar usted, quienes le interrogaron le creyeron algo y guardaron sus conclusiones, secretas entonces. Se han leído y se ha llegado a la conclusión de que el jovencito Ted Hallison bien pudo haberse fugado dentro de la nave. Por lo tanto, no es un disparate pensar que ha podido volver, trayendo con él a otros seres.

—Ha debido costarles mucho mantener el asunto en secreto. Nada ha llegado al público.

—Es demasiado importante para que se comunique.

Skawa tamborileó en la mesa con los dedos.

—Todo esto es fantástico. Jamás pensé que Ted regresara algún día.

—No he dicho que Ted esté dentro, pero cabe esa posibilidad. Usted deberá mostramos si esta teoría es válida. Si Ted siente su proximidad es posible que decida salir, de una nave o de otra.

—¿Proyectan llevarme a la Luna?

—¿Le da miedo?

—Oh, no. Cuando era pequeño siempre pensé salir al espacio, emular a Flash Gordon y a Buck Rogers, a Han Solo.

—Esperemos que esto no sea el comienzo de una guerra galáctica —sonrió Ann.

—En este maldito planeta no cabe preocupación alguna porque vengan de las estrellas a destruirnos. De esa cuestión nos estamos ocupando nosotros, sin necesidad de ayuda.

—¿Está conforme en ayudamos?

Skawa se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —De pronto pareció recordar algo—. Pero antes quiero comprobar que Van Moern está vivo.

—Lo haremos tan pronto como salgamos de esta habitación.

—¿Ha terminado la entrevista? ¿Cuándo partiremos?

—Muy pronto. Sólo estamos esperando una llamada.

—¿De Rusia?

—Sí. Nuestros amigos los rusos han encontrado a Carla Rossi. Vivía en Ucrania.

—¡Carla vive! Ésta sí que es una buena noticia.

—Celebro que se alegre.

—Pero me pregunto de qué ardides se han valido para

convencerla los rusos.

—Sólo han tenido que decirle que es posible que vuelva a ver a Ted.

Skawa se levantó. Miró al espejo y no pudo reprimir un gesto obsceno hacia él. Ann sonrió y se limitó a fingir que no se había dado cuenta.

Mientras la seguía hacia la salida, John dijo:

—Conocí la Estación en la televisión, cuando de allí partió la expedición a Alfa Centauro.

—Yo me perdí su partida, la salida de la primera y única nave construida en colaboración mundial.

—Y seguimos sin tener noticias de ella. ¿Qué habrá sucedido en la Vorágine?

7

Para John Skawa el viaje hasta la base americana en la Luna fue algo decepcionante. Había esperado algo espectacular y tuvo que resignarse a hacerlo dormido. Medidas de seguridad para su salud, le dijeron.

En la lanzadera que partió desde la estación en órbita a la Tierra viajaron con él, además de los dos pilotos, la chica Maycooper, un general de la Unión llamado Pelham, un mariscal soviético de nombre Tcharnekow y Robert Gordon, un paisano que Ann le confió era un ejecutivo importante del CEM.

El hecho de que el CEM estuviera metido en el asunto no sorprendió a Skawa, pero le produjo una profunda inquietud.

John pudo hablar con Van Moern. A través de la pantalla visora comprobó que el viejo estaba magníficamente instalado en un moderno hospital en las afueras de San Juan. El holandés casi lloró de emoción al verle y le juró cien veces que estaba perfecto de salud, con su pierna nueva de magnífica calidad.

Después de esto, John se confió a Ann y antes de embarcar en la lanzadera ya se tuteaban, aunque se decía a menudo que no debía confiar en ella totalmente. Al fin y al cabo trabajaba para la agencia del CEM.

Se intranquilizó mucho cuando supo que Carla no viajaría con ellos, pero le aseguraron que se reuniría con él en la base americana. Había salido de Europa un día antes en una lanzadera rusa.

Despertó cuando descendían sobre el cráter, en cuyo centro emergían las cúpulas de la base americana. A unas mil millas, en dirección a Sinus Roris, estaban los rusos. Se preguntó si Carla ya sabía que él llegaba, y con morbo elucubró si se alegraría al verle.

La lanzadera había descrito su segunda órbita antes de empezar a desacelerar cuando se aproximaron bastante a la estación orbital. Ante ella pensó en muchas cosas, en la pequeña nave donde se marchó Ted, en la otra de mayor tamaño, esférica y azul, brillante a veces en puntos de oro, y en la gran esperanza que fue para la Humanidad el navío estelar bautizado con el extraño nombre de Vorágine.

La Vorágine fue el producto de un intento, una vez pasada la crisis que cambió el mundo, de dar un respiro a la fatigada y desilusionada población de la Tierra.

Skawa siempre pensó que las dos grandes potencias impulsaron el proyecto para consolidar sus planes, con la intención de hacer creíbles sus promesas de colaboración para con las naciones más deprimidas y castigadas con la crisis económica, mientras iban ocupando las zonas más apetecidas por ellas.

En realidad todo el mundo cayó en la trampa. En un tiempo récord se construyó la gigantesca nave y ésta partió hacia las estrellas, con la misión de encontrar un mundo similar a la Tierra y convertirlo en el punto de destino de una migración masiva, que descongestionara la presión demográfica y aliviara la escasez de recursos materiales y alimenticios.

Pero la segunda nave no se construyó.

Diez años después de que partiera la Vorágine en medio de la fanfarria que impulsara la propaganda de la Unión Americana y Rusia, la Estación fue abandonada. La versión oficial se apoyó en que se había perdido toda la esperanza de que la expedición llegara a alcanzar su objetivo. Por el momento, añadieron, los viajes a las estrellas eran irrealizables.

La Vorágine tuvo que ser ensamblada en el espacio. Era demasiado grande para que pudiera despegar, incluso, desde la superficie lunar.

Ante John, a varios kilómetros de distancia, pasó la Estación, mientras la lanzadera rompía su órbita y empezaba a caer sobre la base americana. Aunque lo intentó no consiguió descubrir las dos

naves alienígenas. La gran grada debía ocultarlas a su vista. Aquella maraña de acero parecía una araña colosal de color naranja.

—No te inquietes —le dijo Ann—. Siguen ahí.

—¿Eres capaz de adivinar el pensamiento?

—Era fácil leer en tu cara tus preocupaciones. Vamos, es conveniente que te sientes. Vamos a tomar contacto con la superficie dentro de pocos minutos.

Le tomó de una mano y lo condujo por el pasillo hasta la cabina donde los demás pasajeros ya se estaban atando a sus literas. Skawa se acomodó junto al mariscal ruso. Ann saltó sobre él y se deslizó en su litera. Desde allí asomó la cabeza, sonrió a John y le dijo:

—Acabo de hablar con la base. Carla Rossi nos espera.

—Magnífico —replicó Skawa. Giró rápidamente la cabeza y sorprendió a Robert Gordon que sonreía de una forma muy extraña.

El funcionario del CEM, al darse cuenta de que él le miraba con gesto de pocos amigos, dejó de sonreír y simuló ocuparse revisando sus cinturones.

Las escotillas se cerraron despacio, los pilotos anunciaron que no se movieran y las luces rojas suplieron a las blancas.

Cinco minutos más tarde, tras un alunizaje suave, la lanzadera era arrastrada por dos tractores al interior de la base.

8

El encuentro de Skawa con Carla Rossi fue emotivo. Les dejaron solos en una pequeña estancia. Era un detalle que John agradeció mentalmente a Ann, porque no tenía ninguna duda de que la idea había partido de ella.

Skawa vio a Carla delante de él, la sonrió y le dijo mientras tomaba sus manos:

—Sigues siendo la chica más atractiva que jamás conocí.

La besó en los labios y los encontró cálidos.

—Tú has envejecido mucho —rió Carla muy nerviosa—. Estás horrible.

—¿Lo dices en serio?

—No, maldito negro; lo sabes muy bien —Carla rompió a llorar y se abrazó a él. Lo besó varias veces—. Dios, cuánto tiempo ha pasado desde aquella noche.

—Mucho, cariño. Fue como un sueño, jamás como una pesadilla. Creo que resultó ser lo mejor que viví.

La separó de él y ambos se sentaron el uno frente al otro, muy cerca sus rostros.

—¿Es cierto que no te han obligado a venir? —preguntó él.

—Claro que no. Salté de alegría cuando el mariscal Tcharnekow me habló de la posibilidad de que Ted estuviera en la nave pequeña. La he visto de lejos, John. ¡Es la misma!

—Yo también la he visto —Skawa frunció el ceño—. Bueno, creo que más bien la intuí. La maraña de la vieja Estación la ocultaba, y a la otra también.

—La lanzadera rusa pasó muy cerca. Sospecho que lo hicieron a propósito —Carla bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Yo sentí a Ted. Lo sentí muy cerca, y hasta creo que él descubrió mi presencia.

John miró con aprensión las paredes desnudas.

—No hay micrófonos —sonrió Carla—. Esta entrevista no la tenían programada. Esa chica, Ann, la pidió inesperadamente y la complacieron llenos de confusión. Tal vez estén arrepintiéndose ahora.

—¿Cómo fuiste a parar a Rusia?

—Me escapé después de aquella noche. No volé hacia Washington como me ordenaron. Tomé un avión hacia Alaska y de allí pasé al Japón y luego a Rusia. —Ella se ruborizó un poco—. En Nagasaki conocí a un ruso, un buen muchacho. Creo que me enamoré de él y nos casamos en su aldea. Era un funcionario del ministerio de agricultura.

Skawa dejó de mirarla directamente. Comprendía que sus ojos inquisitivos la turbaban. Sonrió para sí, comprensivo. Carla se comportaba con él como si se sintiera culpable de algo. Seguía siendo la misma muchacha decidida a veces y titubeante en otros momentos.

—Me alegra saber que no lo has pasado mal durante estos años, que has sido feliz.

—Durante un tiempo, sí. Luego… Mi marido murió en el frente asiático, cuando…

Skawa abatió la cabeza. Debió de suceder mientras él peleaba en el Golfo. Le preguntó a Carla si tenía hijos.

—Dos —respondió ella—. Boris acaba de ingresar en el ejército y Karna es enfermera. Yo tuve que adoptar la nacionalidad rusa, y eso me marcó durante la época de la gran tensión, cuando todos temíamos que los misiles partieran de la Unión y sus aliados. Muchos empezaron a mirarme como una enemiga, hasta que al fin pude convencerlos de que ahora soy una rusa.

—Una rusa de ascendencia italiana nacida en América —sonrió John.

—Eso evitó que yo terminase en un campo de concentración, y también el hecho de que era viuda de guerra. Al final me dieron una condecoración por mi marido, una pensión y un trabajo seguro.

Skawa comentó:

—Nunca estuve en la URSS. ¿Cómo marchan allí las cosas?

—Igual que siempre. Te limitan las ambiciones, posees lo justo

para vestirte y para comer.

Skawa pensó que en muchos países la mayoría de la gente daría años de su vida por contar con semejantes medios, también recordó lo poco que había visto de la Unión Americana, de las ciudades de los antiguos Estados Unidos y se dijo que allí seguía palpable la opulencia, pero al mismo tiempo los barrios de marginados crecían sumidos en la miseria más absoluta, semejante a la que dominaba en las naciones más deprimidas.

—Se llevaron medio siglo lanzándose amenazas y ahora están a partir un piñón —dijo con sarcasmo—. Los viejos enemigos, los irreconciliables, se han hecho amigos una vez que se han dividido el mundo, las fuentes de suministros de materias primas. Dos ideologías distintas han coincidido a la hora del reparto del botín.

—Hay personas en Rusia que piensan como tú.

—¿De veras? Es increíble. Pensaba que allí todo el mundo tenía la boca bien cerrada.

—Siempre hay, excepciones, grupos de amigos con los que hablar. De veras, John, allí las cosas no marchan bien. El descontento es general, lo sé. Esta situación no puede durar mucho. Quizá unos años, pero antes de diez o quince Rusia y los Estados Unidos se tirarán los tiestos a la cabeza, cuando apuren sus colonias.

—¿Llamáis colonias a las zonas integradas?

—En eso somos más sinceros que vosotros.

Él la sacó de su error. Le contó que todavía no se había ganado la ciudadanía que un día le fuera arrebatada. Esto sorprendió mucho a Carla. Miró a Skawa con semblante compungido.

—No podía imaginarme cuánto has sufrido —dijo acariciándole las manos—. Han tenido que coaccionarte para que vinieras, molestar a tu antiguo jefe Van Moern…

—Son unos estúpidos. Si me hubieran dicho la verdad, cara a cara, se habrían evitado muchas molestias, tiempo y dinero. Yo hubiese saltado de mi asiento, movido mi culo y corrido para ponerme a sus órdenes, sin recibir una promesa de dinero y de que me devolvieran el pasaporte. Todo gratis. Sólo tenían que decirme lo que ocurre, su sospecha de que Ted ha vuelto después de veinte años acompañado por… —Sonrió—. ¿Por quién crees tú, Carla?

—Los rusos saben tanto como los americanos o mienten todos.

El mariscal no ha soltado una palabra de más. Sé lo que tú sabes. Sin embargo…

Skawa se asustó ante el cambio repentino en la cara de la mujer. Una sombra densa había caído delante de los ojos de Carla, confiriéndole un gesto de miedo infinito.

—¿Qué ocurre? —le preguntó inclinándose sobre ella.

—He permanecido poco más de un día en la base rusa, pero he visto allí algo que me ha llenado de preocupación. John, he descubierto vehículos armados, recién venidos de la Tierra. Ya estaban cuando bajó mi lanzadera.

—¿Eso es extraño? —rió él—. En este cráter debe haber también armas suficientes para hacer volar la Luna. Pese a todo, rusos y americanos siguen recelando. Desconfían de sus aparentes amigos de pillaje.

—¿Dónde has estado metido estos años que ignoras que existe un tratado que prohíbe armas en la Luna? En esto eran tajantes ambas partes. Hasta hace unas semanas era difícil encontrar en las bases americana y rusa un simple tirachinas.

Skawa se estremeció. Pese a la creencia de Carla de que ellos no eran vigilados ni oídos desde otra habitación, bajó la voz y dijo:

—¿Eran naves de ataque? Carla, estás sospechando que esos bastardos se han puesto de acuerdo para atacar lo que sea que se oculta en la vieja Estación. ¿Me equivoco?

—Si nos dieran tiempo descubriríamos aquí algo parecido.

—Me garantizaron que no han hecho ningún intento violento respecto a la nave que ya conocimos hace veinte años y la otra mayor que gira alrededor de ella.

—Quizá no lo han intentado, pero sólo hasta ahora. Pienso que si tú y yo fracasamos pasarán al ataque.

—¿Por qué? Están locos. Pueden provocar la huida de esas naves si dan señales hostiles. Dios, piensan todavía en invasiones procedentes de Marte. ¡Estúpidos! ¿Quién va a querer un mundo como el nuestro, cargando de gente hambrienta y agotándose sus recursos, contaminándose todo?

Ella movió la cabeza de un lado para otro.

—Deja de pensar razonablemente y lo entenderás. Cuando se capturó la pequeña y hueca nave, en Washington se llevaron una gran desilusión. Habían creído que desmontándola tendrían a su

alcance una nueva y fabulosa tecnología que les pondría a la cabeza del mundo para siempre. Después de comprobar que sólo era un casco construido con un metal extraño que no había sufrido el menor daño pese a estar oculta en una caverna húmeda durante siglos, se apoyaron en la esperanza de que los paranormales, como Ted Hallison, tenían una posibilidad de descubrir algún secreto que les fuera rentable.

John se restregó las manos. Agachó la cabeza, un poco avergonzado. ¿Por qué no lo había pensado antes?

—Tienes razón. Lo intentarán primero pacíficamente, pero si les fallamos, atacarán.

—Eso es. Es como me lo imagino y temo estar en lo cierto. A pesar de la propaganda triunfalista que Washington esparce en sus dominios, los dirigentes saben, al igual que los de la URSS, que tarde o temprano el precario equilibrio actual se romperá. Como única solución existe la salida al espacio.

—Debieron haber seguido con el proyecto —masculló Skawa—, pero era tan falso que para ilusionar a la gente no dudaron en sacrificar tiempo, dinero y una tripulación. Lanzaron el «Vorágine» al espacio estelar como quien lanza un cohete en una feria, para deslumbrar a los simples.

—En Rusia se habló mucho de ese proyecto que patrocinó la Unión. La propaganda de Moscú aprovechó todo el asunto para ridiculizar a los americanos.

Yo leí algunos artículos que afirmaban que el proyecto era inviable con la técnica empleada. La Tierra no puede todavía programar una emigración a las estrellas. A pesar de su enorme tamaño, el «Vorágine» sólo podía transportar a treinta hombres, y tenía previsto que su viaje a Centauro tardaría cuatro años. Contando con otros tantos para regresar, ya debían haber vuelto.

—Estoy cansado de oír por todas partes que no volverán. Quizás algún día nos llevemos una sorpresa.

Carla señaló hacia el exterior, dando a entender que quería indicar la Estación abandonada.

—Tal vez ellos nos traigan noticias del «Vorágine».

—Ojalá sea Ted el portador.

Se abrió la puerta. Ann asomó la cabeza, les sonrió y dijo:

—Supongo que han tenido tiempo de contarse sus cosas. ¿Les importaría tener ahora una reunión de trabajo?

Skawa se levantó, gruñendo.

—Confío que será el momento oportuno para que me pongan al corriente de muchas cosas.

—¿Por ejemplo? —sonrió Ann.

—Demonios, yo podría dibujar con los ojos cerrados la nave pequeña, si es cierto que es igual a la que encontramos en una cueva centroamericana, pero me muero de curiosidad por saber cómo es esa dichosa esfera que la protege.

—Entonces imagínate una bola de billar de color azul y ya está.

—¿De qué tamaño?

—Eso depende —rió Ann, echándose a un lado para que pasara la pareja al salir—. Esa nave esférica tiene la manía de cambiar de tamaño, desde un balón de fútbol hasta… Bueno, creo que su récord actual es de unos doscientos metros de diámetro, pero de eso hace semanas.

9

—Actualmente mantiene el volumen medio, es decir unos sesenta metros de diámetro —dijo el técnico americano dirigiéndose con suma cortesía a todos, pero en particular a Skawa y Carla.

John estaba sentado en primera fila, al lado de Carla por su derecha y del mariscal ruso por su izquierda. Detrás permanecían el general Pelham y Bob Gordon. El jefe de la base americana, llamado D. L. Preston, se mantenían en un rincón, observando un silencio total. Era como si todo aquello no le concerniera, o bien se encontraba molesto con tanta gente importante que pretendía aparentar indiferencia.

El técnico americano, con una actitud de relaciones públicas de una importante empresa, había explicado todo cuanto sabían respecto a la extraña esfera situada siempre muy cerca de la pequeña nave. Hizo un gesto, invitando a Skawa o a quien fuera a que le hiciera alguna pregunta.

—Usted me hace pensar en un globo que se infla y desinfla —dijo John.

Escuchó una risa. El ruso a su lado le miró de reojo, con talante comprensivo.

Sin embargo, el técnico no se inmutó y pareció disfrutar al decir:

—Es una observación lógica, señor Skawa; y nosotros pensaríamos como usted si no supiéramos que ese objeto es sólido, fuerte, como construido con un metal muy duro. Es impenetrable a los rayos Roentgen, no emite nada ni permite que escuchemos algo de su interior.

—Esa extraña pareja lleva cuatro meses varada en el centro de la grada —dijo John—. Es lógico que me pregunte: ¿Hasta cuándo? Su partida puede producirse en cualquier momento, por cansancio o tal vez porque su misión concluya, precisamente mientras nosotros hablamos.

—Podría ocurrir, desde luego —sonrió el técnico. Era un tipo achaparrado y lucía en sus hombreras las dos barras de capitán bajo la estrella de cinco puntas azul, el símbolo de la Unión Americana.

—Es un maldito riesgo, Skawa —dijo el general Pelham—. Y eso nos intranquiliza. Quizás hayamos perdido demasiado tiempo, observando, devanándonos los sesos. Este asunto debió sernos entregado desde el primer momento, no dejar que otros se interfirieran en nuestros planes originales.

El mariscal ruso asintió con fuerza y su papada rebotó sobre el cuello de su guerrera.

Skawa cruzó una mirada de entendimiento con Carla. Era fácil comprender que Pelham se refería al uso de la fuerza, una acción que, sin duda debió ser abortada con firmeza por el

CEM

, muy interesado en el aspecto técnico y científico que una investigación a fondo en los dos ingenios estelares pudiera proporcionarle.

Al girar un poco la cabeza vio a Ann Maycooper. Ella no había estado cuando comenzó la reunión. Se hallaba junto a la puerta, de pie, y ofrecía un gesto de cansancio poco habitual.

Pelham se levantó y se situó delante de la mesa que ocupaba el capitán. Mirando fijamente a Skawa, dijo:

—Hemos tenido tiempo de estudiar todas las variaciones, todas las posibilidades, John. Es vital que no perdamos más tiempo. La presencia de usted y de Carla Rossi —la miró como disculpándose —, perdóneme que no recuerde su apellido de casada, es la última baza que vamos a jugar. Sabemos que nos valemos de una teoría fantástica para justificar su presencia aquí, pero no debemos rechazar la posibilidad de que ese jovenzuelo llamado Ted Hallison, que tuvo la ocurrencia de robarnos la nave hace veinte años, esté ahí, custodiado por otra nave tripulada o vacía, quizás automatizada al máximo para ejercer de niñera o nodriza. Claro que Ted debe de ser ahora un buen mozo —trató de sonreír y de que los demás rieran su salida.

Skawa recordó lo que le dijo Carla respecto a que había sentido la presencia de Ted en la Estación. Ella no concretó si era dentro de la nave pequeña o en la esférica. Sin duda no lo había referido a nadie. Era mejor así.

La voz algo nerviosa de Carla le arrancó de sus pensamientos.

—¿Qué pasará si nosotros no conseguimos nada, general? —preguntó ella.

—¿A qué se refiere? —inquirió el ruso. Consideraba a Carla como una ciudadana rusa y la pregunta de ésta parecía haberle molestado.

—Ella quiere saber qué harán ustedes después de un hipotético fracaso nuestro —intervino Skawa, devolviendo al mariscal una actitud tan hostil como la que éste había dirigido a la mujer.

Pelham carraspeó, intentó trazar una sonrisa en sus labios y dijo:

—Bueno, después de eso tendríamos que consultar a nuestros superiores. Pero todavía confiamos en que no será necesario —miró a Ann y añadió con tono jovial—: Señorita Maycooper, haga el favor de mostrar a nuestros huéspedes sus alojamientos, que descansen. Serán llamados dentro de ocho horas.

—¿Cómo vamos a aproximarnos hasta la Estación? —preguntó Skawa, permaneciendo en su asiento a pesar de que todos se habían levantado.

—En un vehículo, por supuesto —repuso el general.

—¿Armado? —insinuó Skawa, y enseguida se arrepintió de haberse mostrado tan desafiante.

—No diga tonterías, Skawa —rió el general—. Lo más dañino que poseemos en la luna es una navaja de afeitar, y por cierto la mía no está muy afilada.

Todos rieron, incluso John. Él agarró a Carla de un brazo y la acompañó por el corredor. Al pasar delante de Ann le guiñó un ojo y le susurró:

—Gracias, encanto.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que nos dará dos habitaciones que se comuniquen.

Si John creyó que a Carla iba a divertirle su sugerencia se llevó un chasco. Le había oído, la sintió estremecerse y se liberó de su mano con decisión, alejándose por el pasillo con pasos rápidos.

Ann caminó a su lado, aguantándose la risa.

—Vaya, el irresistible Apolo negro ha perdido todos sus encantos. Va a tener que descansar solo. Alégrese. Debe recuperar fuerzas.

—Oh, yo no me rindo enseguida. ¿Qué te parece si tú me invitaras a una copa en tu cuarto? Los demás habíanse alejado. Ann se detuvo, miró desafiante a Skawa y le respondió:

—¿Por qué no? A Carla Rossi las costumbres rusas la han vuelto muy timorata, cargada de prejuicios. Encontraré mi habitáculo, pero no te garantizo que disponga de un bar.

—Beberé agua.

Ella le ofreció su brazo.

—Vamos, Casanova de ébano.

—¿Lo dices en serio?

—¿Es que hubieras preferido que fuera una broma?

—De ninguna manera —replicó él. Soltó una carcajada y le pasó la mano por la cintura.

10

El humor de Ann Maycooper lo descubrió Skawa aquella noche, aquel día o lo que fuera en la base americana. Era imposible saber qué hora era. A John le habían quitado su viejo reloj y no supo en qué momento artificial del día la tuvo entre sus brazos.

Ann era como una corza juguetona, ardiente y casi estuvo a punto de agotarle. Pero él acabó venciendo y pronto la vio durmiendo plácidamente a su lado.

Se dijo que no la había defraudado. Quizá la ligera gravedad lunar, en lugar de ser un inconveniente, le había favorecido.

Al cabo de un rato se quedó profundamente dormido, a pesar de no poder satisfacer su deseo de fumarse un cigarrillo. En aquel lugar parecían estar proscritos.

Ann le despertó cuando él suponía que sólo llevaba durmiendo diez minutos, pero ella le sacó de su error.

—Te has pasado ocho horas roncando como un búfalo —rió con ganas, sin mirarle, mientras se ajustaba su traje de dos piezas, pantalones y una casaca holgada—. Dios, si llego a intuir que roncabas así hubieras dormido solo.

Desde la estrecha litera, Skawa la contempló. Parecía divertida. Éste era el humor de Ann después de hacer el amor, pensó. Tenía un cuerpo hermoso y juvenil, una piel suave que invitaba a ser acariciada. De todas formas no pudo apartar de su mente que hubiera querido haber estado aquella noche con Carla, aunque sólo la charla intrascendente les uniera.

Se dijo que se estaba volviendo un sentimental.

De un salto se incorporó, pasó ante Ann, rozándola, dejó que ella le besara en el hombro y entró en la ducha.

—Vamos, cariño —escuchó que ella le decía con tono apremiante en medio de la lluvia de agua—. Nos esperan en el hangar apenas desayunemos.

No tenía ganas de hablar cuando salió de la ducha y dejó que Ann le ayudara a vestirse la especie de uniforme común entre los miembros de la base.

Desayunaron en compañía de varios hombres y mujeres que veían por primera vez. A ellos los miraron con cierta curiosidad, aunque sin ninguna animosidad.

Pronto se olvidaron de su presencia y se dedicaron a sus charlas cotidianas.

—¿Qué saben éstos de cuánto está pasando? —preguntó Skawa a su compañera, entre sorbo y sorbo de café.

—Apenas nada, tengo entendido —replicó Ann con una mueca de complicidad.

—Deben de ser tontos, o quienes dirigen esto son los tipos más listos del mundo.

—Tal vez ambas cosas.

Ellos terminaron cuando ya no había nadie más en el comedor, Ann condujo a Skawa a lo largo de varios pasadizos hasta una estancia bastante amplia donde les esperaba un pequeño vehículo eléctrico.

Skawa calculó que se habían trasladado a otro domo de la base cuando la chica detuvo el vehículo junto a un muelle donde les esperaban varias personas.

Vio al general, a Tcharnekow, y un poco más allá a Bob Gordon, y a Carla. La mujer estaba muy seria. Apenas subió Skawa al muelle lo miró displicentemente. Él temió por un momento que ella supiera que no había pasado la noche solo.

Se dijo enseguida que se preocupaba en exceso por nada.

¿Qué tenían ellos ya en común? ¿No habían pasado veinte años desde la última vez que se vieron? No podía censurarle nada, ni tampoco él si ella se había ido a la cama aquella noche con su mariscal ruso.

La saludó intentando ser cordial y recibió una contestación no tan fría como había temido.

Pelham parecía tener prisa y dijo que ya era hora de que entraran en el vehículo. Lo abordaron después de cruzar por un tubo extensible y se acomodaron lo mejor que pudieron en su interior. Había un piloto sentado frente a los mandos que miraba al general, esperando su orden de partida.

Desde el exterior aseguraron la esclusa y el piloto encendió los propulsores.

El vehículo era una lanzadera en miniatura de la que les había llevado hasta la Luna. Tras recorrer un trecho de la pista exterior se elevó suavemente y durante varios minutos estuvo adquiriendo altura y velocidad.

—Coincidiremos con la Estación dentro de un cuarto de hora —explicó Pelham.

—¿Cuál es el plan de aproximación? —preguntó Skawa.

—No hay nada definitivo —respondió Bob Gordon. Había estado tomando notas y grabándolo todo con una cámara en miniatura que dejó a un lado al tomar la palabra—. Actuaremos según se desarrollen los acontecimientos —miró a Carla—. Ojalá usted no haya perdido sus facultades paranormales.

El ruso emitió uno de sus gruñidos característicos y se removió inquieto en su asiento, como si de repente hubiera descubierto que transportaba una pulga dentro de su traje.

—Confiar en un contacto telepático es muy aventurado —dijo John.

—Yo nunca fui muy buena en eso —protestó Carla—. Y—, además, los años han ido restándome facultades.

Pelham apuntó:

—Esperemos que Ted sea quien cargue con el peso del trabajo.

—Si está allí —ironizó Bob Gordon.

Había un ojo de buey junto a Skawa. Miró a través del grueso y poco nítido cristal. La base americana quedaba atrás, pero pudo ver unas siluetas junto al mayor de los domos. Eran vehículos grandes y artillados, decidió con irritación.

—¡Malditos sean!

Experimentó una rabia infinita y deseó con fervor que la realidad no fuera como creía, que sus ojos le hubieran jugado una mala pasada.

Pero Carla Rossi también había visto en la base rusa unidades de combate.

Mientras la lanzadera se alejaba de la superficie lunar intentó concentrarse varias veces en lo que les aguardaba en la Estación.

No lo consiguió. La amenaza de las escuadrillas de combate seguía atormentándole.

11

El piloto apagó los motores y colocó la lanzadera a doscientos metros de la Estación.

Comenzaba la espera y Skawa aprovechó aquella calma para sentarse en el asiento vacío junto al piloto y observar tranquilamente la gigantesca grada donde se ensamblará el Vorágine.

—Allí tiene a ese par de artefactos —le dijo Ann después de situarse tras él.

Le ofreció unos prismáticos.

John descubrió una esfera oscura que flotaba en el centro de la grada, y se le antojó parecía un gran crustáceo que estuviera pensando en engullirla.

—No veo a la otra… —empezó a decir.

Ann susurró:

—Un momento.

La lanzadera se movía lentamente alrededor de la Estación. Las estructuras de acero fueron quedando a la izquierda de John, la esfera siempre en su misma posición, pero tras ésta apareció un objeto algo más pequeño y de color gris claro. Skawa sintió un nudo en la garganta. Era la misma nave que encontraron en una gruta y en la que Ted Hallison, tras identificarse con ella, se marchó de la Tierra, sorprendiéndolos a todos, a los senadores, al general en jefe de la base y a él mismo, a pesar de que el niño se lo anunciara poco antes de desaparecer camino de las estrellas y hacia un destino que no quiso revelarle.

Consiguió sustraerse a la atracción que le producía la presencia de la nave y miró a Carla. La mujer tenía la boca abierta y los ojos húmedos.

—¿Siente algo, Carla? —preguntó Ann ansiosamente.

—Déjala ahora —pidió John.

Volvió a contemplar la esfera y la nave. Parpadeó. Había algo allí ahora que le resultaba extraño.

—¿No me dijeron que la esfera giraba alrededor de la navecilla? —preguntó al general Pelham.

—Así era hasta hace dos días, señor —respondió el piloto mientras el general se encogía de hombros, dando a entender que él estaba tan sorprendido como Skawa.

—Exactamente cuándo Carla pasó cerca de la estación camino de la base rusa —murmuró John—. Ahora están estáticas.

El esqueleto de acero giraba sobre su eje, sin embargo. Obedecía las leyes físicas, no así la esfera y la nave. Ellas eran independientes.

—Dios, ¿para qué han venido? —Musitó Bob Gordon, secándose el sudor—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar —gruñó Tcharnekow. Se retiró al fondo de la cabina y se acomodó lo mejor posible en un sillón—. Pero no mucho.

Skawa se revolvió hacia él.

—¿Cuánto tiempo van a concedernos antes de que ordene el ataque? —le gritó furioso.

—¿Quién ha hablado de un ataque, Skawa? —Dijo Pelham—. Usted está obsesionado con eso. Olvídelo.

Ordenó al piloto que se retirase y dejase a Skawa y a Carla solos.

—Quizá logren contactar mentalmente con quienes estén ahí dentro —añadió de malhumor—. Si insisten. Carla, avíseme apenas capte algo.

Ann Maycooper fue la última en dejarlos solos.

Antes de hacerlo puso su mano sobre el hombro derecho de John y se lo oprimió afectuosamente.

—Ellos saben, o lo creen, que no conseguiremos nada —dijo Carla en voz baja—. Están cumpliendo órdenes de Washington y Moscú, pero en realidad lo que desean es ordenar a sus fuerzas que ataquen de una vez.

Skawa no podía apartar la mirada del centro de la grada. ¿Por qué había elegido aquel sitio la esfera para aparecer? Algo en su interior le decía que era ésta quien había conducido a la pequeña nave, la promotora de su vuelta a la Tierra después de veinte años. ¿Con qué fin?

—Recuerdo que Ted me dijo en la Tierra —murmuró Skawa— que los constructores de la pequeña nave le invitaban a ir con ellos.

Poco después desapareció en la noche. Es gracioso, pero yo confié siempre en volver a verle. ¿Y tú, Carla?

Ella parecía abstraída. Tenía el ceño muy fruncido y las manos crispadas. Daba la impresión de que no había oído sus palabras.

—Si fracasamos, atacarán, John —dijo roncamente—. Cumplen con el formulismo de la espera. Nos darán unas horas y luego ordenarán…

—Calla, por Dios —la instó Skawa—. Quizá te equivoques. Yo he visto también naves armadas en la base americana, pero quizá sólo estén allí como precaución. ¿Por qué van a querer atacar?

—Lo harán cuando descubran que no pueden volver a apropiarse por segunda vez de la nave pequeña. Están ansiosos por poner sus manos encima de la esfera; es lo que les trae locos. No comprenden nada de ella, de su facultad de agrandarse o empequeñecerse. Esos militares sueñan con poderes fabulosos, con nuevos medios bélicos que tendrían a su alcance si fueran capaces de conducirla a alguna de las dos bases lunares, o a la Tierra.

Skawa guardó silencio un momento.

—¿De veras no percibes nada? —preguntó al cabo de un rato.

—Sólo presumo que Ted está ahí.

—No es una seguridad…

—No, no lo es.

Algo defraudado, Skawa cerró los ojos. De tanto mirar la vieja estación y sus instalaciones abandonadas, le dolía la cabeza.

Pasaron varias horas y él dormitó en varias ocasiones. Cada vez que despertaba comprobaba que Carla seguía casi sin moverse, pendiente totalmente de la esfera y la nave que custodiaba.

La última vez que despertó hizo un descubrimiento que le arrebató todo su cansancio y sueño.

Más allá de la grada flotaban nuevos objetos.

—¡Son naves de la base americana! —exclamó.

—Han aparecido hace una hora —le informó Carla con desdén.

Oyeron sus gritos y Pelham, seguido del ruso, se acercó.

—Estaba previsto, Skawa —se apresuró a tranquilizarle—: Pero no piense que vamos a disparar misiles; no estamos tan locos. Sólo pretendemos investigar.

—Esta mujer no ha conseguido nada, ni tampoco usted —dijo Tcharnekow—. Disponemos de un grupo de especialistas que saldrá

a explorar de cerca los objetos. Hasta ahora teníamos prohibido hacerlo, pero hemos informado a la Tierra y nuestros respectivos gobiernos nos han autorizado a proceder con el plan de investigación.

—Supongamos, digo supongamos, que no sacan nada en claro —dijo Skawa apuntando con un dedo al general—. ¿Cuál sería el paso siguiente?

Pelham y Tcharnekow se miraron. Al fondo, Gordon y Ann permanecían como mudos testigos. El piloto masticaba chicle, exultante de indiferencia. Se había estado ocupando de las comunicaciones con los vehículos recién llegados y ahora parecía esperar nuevas instrucciones.

—Tendríamos que volver a hablar con la Tierra —replicó el ruso.

De nuevo se agolparon todos ante el mirador del piloto. Pelham explicó que la operación iba a dar comienzo enseguida y trató de garantizar a John Skawa y a Carla Rossi que se tomarían todas las precauciones posibles.

—¿Piensan perforar la nave esférica donde les dé la gana y volar con dinamita la esclusa de la pequeña? —dijo Skawa con evidente sarcasmo.

Sólo escuchó un par de gruñidos como respuesta.

—¿Desde dónde emite Ted, Carla? —preguntó con autoridad el ruso.

—No he dicho que esté emitiendo —dijo ella.

—Ha dicho, sin embargo, que notaba su presencia. ¿Dónde?

—No lo sé. En estos momentos no siento nada, lo lamento.

Vieron que de las lanzaderas más próximas a la grada salían hombres enfundados en trajes espaciales y cargados de herramientas, aunque a John le pareció que también llevaban armas, y no se molestaban en ocultarlas.

—Para esto podían haberse ahorrado la molestia de traernos aquí —gruñó.

—Comparto su opinión, señor Skawa —sonrió el ruso—. Yo me opuse siempre a esta tontería de que Carla entrara en contacto telepático con ese chico. Era una presunción fantástica. Además, ¿quién nos garantiza que es la misma nave que ustedes dejaron escapar estúpidamente?

Pelham enrojeció, pero logró contenerse de responder violentamente a su colega ruso.

—Es la misma —dijo John—. La he reconocido.

—Puede ser una semejante, pero no la misma —dijo, enfáticamente el mariscal.

Entre los especialistas había gente rusa, pero la mayoría era americana, fácilmente identificables éstos por sus trajes de presión de vivo color amarillo y varios emblemas de la Unión. Los rusos se enfundaban en vestimentas blancas y sólo ostentaban la hoz y el martillo en el pecho.

Se tendieron cables que fijaron a vigas de acero de la grada y los hombres avanzaron rápidamente, hasta llegar al espacio vacío, teniendo la esfera a cíen metros apenas. Desde allí lanzaron nuevos cables hasta el otro extremo y un pequeño grupo se acercó a los objetos alienígenas.

—Un plan minuciosamente estudiado, pese a todo —sonrió Skawa, mirando irónicamente al militar americano, más próximo a él.

—Me pregunto qué me hubiera sugerido usted, Skawa —contestó Pelham, intentando no perderse nada de las operaciones—. ¿Acaso deberíamos cruzarnos de brazos y esperar una eternidad?

—No lo sé, maldición —rezongó John.

Los especialistas se movían con destreza, evidenciando que sabían cuál debía ser su siguiente paso. Más cables cimbrearon a través de la grada, se fijaron sólidamente a las vigas de acero y en pocos minutos toda la esfera estuvo rodeada como sí una araña gigantesca la hubiera atrapado en su tela.

Se acercaron dos vehículos grandes, panzudos, y de sus vientres surgieron lanchas de popa sobrecargada de propulsores.

—Son unos remolcadores estupendos —dijo Gordon al verlos acercarse a la esfera.

Skawa se sintió en ridículo. Todos, menos él y Carla, sabían que después de aquella parodia de efectuar un contacto paranormal con los visitantes, se iba a proceder a una actuación más sólida y real.

Skawa se levantó de pronto.

—¿Por qué no me dejan salir? —dijo—. Sabría moverme dentro de uno de esos trajes. He sido un buen submarinista.

Recibió sonrisas, ningún gesto de asombro sin embargo.

—El espacio no es el mar —rió el general Pelham.

—¿Cree que no lo sé? Permítanme que me acerque a la nave pequeña, la conozco. Sé cómo abrir su esclusa.

El mariscal agitó su cabeza, indicando a Skawa el camino del fondo.

—Vaya. El piloto le ayudará y le instruirá en el funcionamiento del traje —se volvió hacia Gordon y le preguntó—: ¿Sabría usted llamar a una de esas naves y pedir que acudan varios hombres para que ayuden a Skawa?

Bob enarcó una ceja, sorprendido por la petición del mariscal.

—Oiga, ya no estoy bajo sus órdenes… —empezó a decir.

—Haz lo que te ha dicho, Bob —le dijo Ann secamente.

Gordon retrocedió hasta el panel de comunicación, dócilmente en apariencia, pero rumiando su descontento entre dientes.

John se encontraba en el fondo de la cabina. Se volvió y miró con asombro a la chica. El tono de voz empleado por Ann le había asustado. Jamás pudo pensar, ni imaginarse, que ella emplease tanta autoridad, hasta el extremo de que el enviado del CEM le obedeciera sin rechistar.

—Soy un imbécil —gruñó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el piloto.

—Nada. Venga, póngame de una vez ese condenado traje.

Cuando sólo le faltaba la escafandra y ya había oído lo más importante para no perderse en el espacio, Carla se acercó y le preguntó:

—¿No vas a cometer una tontería? Jamás has salido al espacio.

—Eres un encanto, pero todos tus viejos poderes paranormales no te han servido para comprender que voy a hacer lo que ellos querían. He caído en su trampa, sencillamente.

—¿Deliras?

—No —rió John, deteniendo con un ademán al piloto, a punto de ajustarle el casco—. ¿Es que has supuesto que nos han traído hasta aquí para que hablemos con la mente con Ted? Nada de eso, preciosa. La agencia del CEM está llena de gente muy hábil, capaz de convencer a cualquiera y de la manera que sea —miró de soslayo a Ann—. Se valen de todo, de cualquier cosa.

Aturdida, Carla le dejó bajar por la escalerilla hacia el piso inferior donde estaba la cabina de presión. El piloto le siguió. Al volverse se tropezó con la mirada burlona de Ann, y empezó a comprender.

Pobre John, pensó. Había sido un juguete en manos de aquellos tipos, y sobre todo en los brazos de la Maycooper.

Bueno, la verdad era que ella también había resultado engañada.

Escuchó lejana la compuerta al cerrarse. Regresó el piloto y ocupó su puesto. Caria se asomó al mirador y observó la figura grotesca de John dentro del traje de presión apartarse de la lanzadera. De un extremo de la grada acudían varios hombres a su encuentro.

—¡Dios mío! —gritó el general Pelham—. ¿Qué está pasando?

Carla miró al exterior. Al principio no comprendió nada, pero dos segundos más tarde sabía lo que ocurría.

La esfera era más negra que nunca. Su tamaño era mayor que unos minutos antes y estaba absorbiendo a la pequeña nave.

Carla pensó también en la palabra absorber para describir lo que ocurría.

—Por lo que más quieran, háganle volver —gritó señalando a Skawa, a medio camino entre la lanzadera y la esfera.

Ann murmuró.

—No es posible…

Entre los especialistas que habían estado rodeando de cables la esfera se produjo un movimiento regresivo, pero volvieron enseguida a sus puestos, seguramente tras ser conminados por sus mandos a no retroceder.

Dentro de la cabina, durante los minutos siguientes, sólo se escuchó el rumor leve del motor y las respiraciones alteradas. Sin embargo, pronto se produjo una exclamación de asombro, cuando el mariscal ruso gritó:

—¡La devuelve!

Era cierto.

La desaparición de la pequeña nave dentro de la esfera sólo había durado unos tres minutos.

Tras un instante de vacilación, Skawa siguió adelante, a pesar de que sus presuntos cuidadores se quedaron rezagados.

12

Aunque el mariscal Tcharnekow había sugerido que aquella nave podía ser igual pero no la que veinte años atrás encontraron en una gruta centroamericana, Skawa estaba seguro de que se trataba de la misma.

Giró la cabeza y comprobó que todas las operaciones con los cables estaban paralizadas, los hombres quietos y manteniéndose apartados. Se sintió el blanco de todas las miradas.

Al otro lado de la navecilla, la esfera, gigantesca por su proximidad, lisa y brillante, parecía hacerle guiños por medio de sus múltiples puntos luminosos. John intentó olvidarse de que muy cerca de él flotaba aquello que poco antes había engullido la pequeña nave, escupiéndola a continuación. Estudió durante un instante la esfera y no descubrió en su superficie ninguna herida, ninguna hendidura que delatara el lugar por donde se había producido la absorción.

Resoplando, Skawa abrió la espita de su impulsor adosado a la espalda y acabó de acercarse. Sus manos enguantadas se asieron a la proa achatada y se dejó deslizar por el casco hasta llegar a la entrada. La esclusa estaba donde la recordaba, casi imperceptible a simple vista. La línea ovalada de unión era finísima. La compuerta tenía apenas un metro de diámetro y empezó a rozarla con los dedos, como en una sensual caricia.

Cuando menos lo esperaba notó que se hundía bajo su ligera presión. La sección desapareció en el interior y de éste surgió una tenue luz amarilla.

Sin pensarlo un segundo entró y miró a su derecha, en dirección a la proa. Ya estaba totalmente en el interior cuando giró la cabeza, justo en el momento en que la compuerta bajaba detrás de su espalda y se encajaba en la abertura.

La navecilla seguía estando tan hueca como la viera por primera

vez, pero allí había alguien.

Lo sintió antes de verlo.

Era como una fuerza poderosa que atravesaba su casco y se introducía en su cerebro. Era el saludo amistoso, cordial, de un viejo amigo.

—Ted… —murmuró antes de que la figura surgiese de la sombra tenue y se colocase bajo la luminosidad.

Avanzó dos pasos y empezó a temblar ligeramente. El pequeño personaje se situó delante de él.

—¡Ted! —gritó.

Le resultaba difícil dar crédito a lo que veía.

13

—¿Por qué ha cerrado ese negro estúpido? —bramó el ruso.

Carla le dirigió una mirada furibunda.

—¿Por qué cree que lo ha hecho él?

El mariscal agitó sus pálidos labios y no atinó a responder.

—¿Y qué hacemos ahora? —inquirió Pelham.

—Hay bastantes cables para sujetar la esfera —dijo Ann Maycooper. Se dirigió al piloto—: Transmita que pongan en marcha las lanchas y que la saquen de la grada. Intentaremos llevarla hasta la superficie de la Luna, lo más cerca de nuestra base.

—¿No sería mejor en la nuestra? —Exclamó Tcharnekow—. Estamos mejor instalados, contamos con un domo grande y…

—Esta operación la dirijo yo, mariscal —dijo Ann—. Cuento con el respaldo de mi gobierno… y del suyo también; no lo olvide.

—¡Hay que estar loco para relegar toda la responsabilidad en una organización como el
CEM
, incipiente y capitalista!

—Se acordó que el asunto debía ser tratado científicamente, de forma sensata y bajo el aspecto económico. Haga lo que le he ordenado, piloto.

Pelham bajó la cabeza y el ruso enrojeció.

Carla miró a Ann. Estaba sorprendida. Era como si de pronto la chica se hubiera convertido en otra mujer. Bob Preston no dijo nada.

Era evidente que ella poseía el mando absoluto de la operación.

Como había dicho John, la gente del
CEM
estaba dispuesta a todo para conseguir sus fines, pensó tristemente; hasta el extremo de que uno de sus dirigentes usara sus encantos para enemistar a dos viejos amigos, separándolos e impidiéndoles

que a solas se comunicasen sus confidencias.

Los remolcadores se pusieron en marcha, los especialistas empezaron a regresar a sus lanzaderas y los cables de acero se tensaron.

—¿Por qué no permiten que John intente el contacto? —gritó Carla.

—Es mejor así, ¿no lo ha pensado? —Rió Ann—. Con Skawa a bordo no intentarán largarse. Es más, ahora estarán ocupados con él.

Los poderosos remolcadores comenzaron a temblar. Los cables que rodeaban la esfera vibraban.

De pronto un remolcador salió disparado fuera de la grada cuando se rompió el cable del que tiraba. Mientras tanto la esfera no se había movido, al menos aparentemente.

—Si fueran astutos, esos tipos que deben estar dentro de la esfera, la empequeñecerían y… —empezó a decir el general.

—¿Pero usted se cree que ahí hay alguien? —Se burló Ann—. En el supuesto de que haya venido algún ser habrá usado la navecilla, y la esfera como… —agitó las manos, intentando vanamente encontrar la definición más apropiada— un remolque.

—¿Por qué no han atrapado la nave, en tal caso? —preguntó Carla.

—Estrategia —replicó la chica del
CEM
—. Lo teníamos todo estudiado. La navecilla es frágil, y usa la esfera como caparazón protector. Ésta es la razón de que a veces entre en ella. En realidad lo que hemos visto hace poco no es nuevo, se ha registrado en diez ocasiones durante estos últimos cuatro meses.

Carla se acercó más hasta el grueso cristal de la cabina. Los remolcadores seguían intentando arrancar la esfera de su posición.

—¡La nave se desliza de nuevo hacia el interior de la esfera! —gritó apenas se percató de que se movía.

Escuchó una carcajada de Ann Maycooper a su espalda.

—Era una posibilidad que contaba con un elevado porcentaje. En realidad, la más lógica —dijo ésta.

—¿Tengo que felicitarles por su inteligencia? —Silabeó Carla—. Es usted despiadada, Ann Maycooper.

—Lamento tener que contradecirla —sonrió Ann—. Cumplo órdenes. Yo llevé personalmente todo el asunto desde el principio, paso a paso, todo el plan en el que usted y Skawa eran piezas importantes. No piense que soy una hiena. Pude haber hecho daño al viejo Van Moern y no lo permití, y gracias a mi insistencia está muy bien cuidado ahora en San Juan. Nosotros no acostumbramos a abrirnos paso violentamente si no es preciso. Por el contrario, preferimos dejar buenos amigos después de nuestra intervención. Créame, Carla Rossi.

—¡Pero ha arriesgado… está arriesgando, la vida de John!

—Mínimamente. Según nuestros cálculos John tiene un noventa por ciento de posibilidades de salir ileso.

—Dejen de charlar y miren eso —les avisó Pelham.

La esfera acababa de engullir a la navecilla o ésta se había refugiado voluntariamente en ella.

Para satisfacción de Ann, los remolcadores mostraban indicios de vencer la terca posición inmóvil de la esfera.

Súbitamente ocurrió lo que nadie esperaba ya, aunque tal vez poco antes temieron algo parecido: un desastre; pero jamás el desenlace que observaban con ojos muy abiertos.

La esfera pareció desaparecer, dejar de estar en aquel punto situado en medio de la grada. Pero todos comprendieron que, increíblemente, había disminuido de tamaño. Creyeron percibir un destello azul a la vez que los cables tensos, libres de su presa, restallaban como látigos.

Los remolcadores fueron lanzados caprichosamente. Uno de ellos estalló y otro chocó violentamente contra un mazo de vigas de acero y explotó en una hoguera roja y verde.

—¡Dios todopoderoso! —musitó Bob Gordon—. La esfera nunca se empequeñeció con la navecilla en su interior.

Mientras dos remolcadores se perdían en el espacio, Ann, pálida su cara a la luz de las estrellas, dijo con voz entrecortada:

—Regresemos a la base.

14

Era como un salto al pasado o como vivir una pesadilla.

Skawa tenía delante a Ted Hallison, el mismo chico que una noche le dijera que él no era malo. Ted no había envejecido nada. Seguía siendo el mismo, con su mirada picara y distraída a la vez. Le miraba sonriente desde su pequeñez, apenas a dos metros de distancia.

—Hola, John.

—Hola…, Ted —dijo Skawa en un hilo de voz terriblemente estrangulada.

—Estás más viejo.

—Pero tú sigues igual, y sin embargo han pasado veinte años.

—Carla debió haber venido contigo. —Era como un reproche.

—¿Te hubiera gustado?

—Claro que sí. La quiero mucho. La he sentido muy cambiada, su mente no es la misma.

—Las mentes también deben envejecer, Ted.

—Estás sorprendido, John. ¿Porque sigo siendo un niño?

—Oh, no. En realidad debía haber pensado que podía ocurrir algo parecido, con todo eso de la relatividad del abuelo Einstein.

—Resulté un poco torpe en el viaje de ida. No controlé bien la nave y tardé demasiado tiempo, pero lo hemos subsanado en el regreso, si no habrían pasado otros veinte años.

A John empezó a dolerle la cabeza. Se daba cuenta ahora de que Ted le hablaba por telepatía, y aunque él le respondía con palabras, éstas no podían llegar hasta el niño porque él no disponía de radio, mientras que Skawa seguía dentro del hermetismo de su traje de presión.

Considerando que dentro de la navecilla debía haber aire, se despojó del casco y avanzó un paso, recordando que todavía no había estrechado la pequeña mano de Ted.

—Todo esto es tan confuso para mí, Ted —se disculpó John con una sonrisa—. Nunca fui muy listo para los asuntos científicos. —Miró a su alrededor y se estremeció al comprobar que dentro de la nave ya no estaba el generador de aire que se había instalado—. ¿No nos asfixiaremos?

—¡Ah, te estás refiriendo a ese trasto que pusieron en la Tierra! —Rió Ted—. Lo tiramos fuera. No servía. Esta nave, John, me obedece, me proporciona cuanto necesito.

—¿Es que está viva? —rió John también, pero más profundamente insustancial—. Hola, nave de mi amigo Ted.

—No lo entenderías enseguida, John.

—¿Y la esfera? ¿Está viva también?

—Es algo distinto, un medio algo anticuado pero que tiene sus ventajas. La usan los plutos.

—¿Plutos?

—Es que se parecen al perro de Disney —rió Ted—. Yo los llamo plutos.

—Seres de otro mundo —murmuró John—. ¿Dónde están?

—En la esfera, hombre. La esfera es un artilugio que ellos pueden manejar, no así esta unidad personal. La navecilla, como tú la llamas, es más que… ¿Cómo podría definirlo para que lo entendieras? Ah, sí, un ordenador con capacidad de remodelaje.

—No entiendo nada —se quejó el hombre—. ¿Sabes lo que pasa ahí fuera?

—Claro. Esos tontos han querido apoderarse de la esfera.

—¿Han querido? ¡Siguen intentándolo!

El chico parpadeó. Como si de pronto supiera que Skawa ignoraba, por lógica, lo que acontecía. Se encogió de hombros y dijo:

—Tenía que ocurrir tarde o temprano. Lamentamos esas muertes, pero teníamos que escapar.

—Por Dios, Ted, ¿qué estás queriendo decirme?

—Hemos entrado de nuevo en la esfera y ésta, para zafarse de esos cables de acero, se ha empequeñecido y alejado de las minas donde hemos estado esperando, pacientemente, durante cuatro meses.

—¿Bromeas?

—No, de veras. Los vehículos que intentaban sacarnos de la

grada han sufrido desperfectos, y me temo que algunos hombres han muerto o están heridos.

—Si no hubiera visto demasiadas cosas fantásticas en mi vida me volverías loco, Ted. ¿Qué intenciones tienen esos seres?

—A veces eres como todos, John. A pesar de que tienes evidencias de que nuestras intenciones son pacíficas, temes que han venido conmigo para destruiros.

—¿Qué puedo pensar? Lleváis rondando la Luna cuatro meses, demasiado tiempo para devolverte con los tuyos, ¿no?

—Sólo he venido a acompañarlos.

—¿Eh? ¿Es que regresas? Por cierto, ¿a dónde? ¿En qué lugar de la galaxia has estado?

—No podría decírtelo exactamente, quizá más allá de los quásares conocidos. Pero eso no importa. Yo me vuelvo, John.

—Un momento, un momento —dijo lleno de temblores y empezando a ponerse nervioso. Hablar con Ted no era fácil. Seguía siendo un niño y sus explicaciones eran deslavazadas—. Has acompañado a esos seres que te recuerdan al perro Pluto, de acuerdo, pero ¿qué quieren ellos?

—Tienen una misión que cumplir. ¿Quieres verlos, John?

—Demonios, es la mejor propuesta que podías hacerme —asintió Skawa empezando a colocarse el casco. Se detuvo y escrutó con aprensión al niño—. No me has dicho cuáles son las intenciones de tus amigos.

—Pronto las conocerás. Ven.

Ted anduvo hasta la esclusa y empezó a abrirla. Skawa palideció. Iba a gritarle que se detuviera si no quería morir congelado o reventado por la falta de presión. Recordó que el chico le había dicho que estaban en la esfera y desechaba esta idea. Admitía que ésta, para evitar ser arrastrada, se había empequeñecido. Pero su credulidad tenía un límite y no admitía que ellos siguieran dentro de algo que resultaba de tamaño inferior.

La física no toleraba semejantes bromas, concluyó preocupado.

—¿Es que no confías en mí? —escuchó al niño.

Comprendió que le había leído el pensamiento y se sintió ridículo y desnudo. Le vio abrir la compuerta y cruzarla sin ninguna duda.

Se asomó después de que Ted diera un saltito y miró.

El aire que respiraba era idéntico al que había dentro de la pequeña nave, con el mismo suave olor a flores silvestres. En vez del frío espacio y del escenario compuesto por el gigantesco esqueleto de acero que era la grada, vio un extenso llano que se interrumpía a unos cien metros, difuminándose en una penumbra gris.

Saltó fuera y se colocó al lado de Ted, y esperó con el niño a que se acercase la media docena de altas figuras que habían surgido de su derecha.

Lo primero que descubrió era que vestían largas túnicas pardas y llevaban la cabeza oculta por una amplia capucha.

Pensó en monjes de una extraña congregación. Acudieron a su mente imágenes difusas de dioses, a pesar de que quería creer que todo cuanto le rodeaba carecía de divinidad.

15

El general Pelham hubiera dado en aquel momento su paga de un mes por un buen trago de ginebra, pero en la maldita base el alcohol estaba controlado por el oficial médico, precisamente muy ocupado recomponiendo a los hombres heridos y extendiendo certificados de defunción.

D. L. Preston les recibió con una sonrisa burlona en los labios y escuchó el resumen de los hechos sin decir una sola palabra. Cuando Pelham acabó ya no sonreía y en cambio estaba muy pálido.

—¿Cómo vamos a comunicar esto a nuestro Presidente? —dijo.

Miró desconcertado al general y luego giró la cabeza para pedir una respuesta al hombre pelirrojo que ya no le parecía tan seguro de sí mismo.

—Mejor es que le pregunte a ella —dijo Pelham—. La señorita Maycooper es quien ha movido los hilos del asueto. Es la responsable de la operación.

En el fondo del cuarto que Preston usaba como despacho, Ann fumaba un cigarrillo. Aparentemente era la única persona que no había perdido la serenidad. Junto a ella estaba Carla Rossi, quien en el último minuto eludió la orden o la invitación, como se quisiera interpretar, del mariscal Tcharnekow de regresar con él a la base rusa. Era la más abatida de todos, sin duda.

Ann sacudió la ceniza de su cigarrillo y dijo tranquilamente:

—Yo sugiero que el Presidente de la Unión sea puesto al corriente de todo cuanto antes, señores. Por mi parte estoy decidida a hacer lo propio con mis superiores, y pienso que mi jefe será comprensivo.

Pelham agitó la cabeza.

—Usted sobrevalora el poder del

CEM

, señorita Maycooper. Su organización no domina todo el mundo, apenas tiene influencias en la
URSS
. Tal vez su director de relaciones públicas contenga el malhumor del Presidente, pero no logrará nada en Moscú; le echarán de allí a patadas.

Ann arrojó la colilla y esbozó una sonrisa de suficiencia que alteró todavía más al personal.

—Es usted un ignorante o pretende engañarse a sí mismo —replicó—. Tenemos a todo el mundo en nuestro puño. Sin nosotros las naciones se enzarzarían en una guerra final. Somos los únicos capaces de redistribuir un poco lo que sobra en Rusia y la Unión Americana, general, quienes tenemos la inteligencia de saber aplacar la rabia que germina en los demás países que vamos explotando sistemáticamente. Moscú lo ha comprendido y sigue nuestros consejos al pie de la letra.

—Este asunto de los alienígenas debemos dirigirlo nosotros porque pensamos con la cabeza, y nos olvidamos de la guerra si no es como una inversión ventajosa. Ustedes los militares y los políticos lo estropearían todo —hizo una pausa para respirar y dijo a Gordon—: Bob, envía un mensaje al señor
O'Hara
inmediatamente, antes de que éstos sean capaces de mover sus gordos traseros y se atrevan a hacerlo a su Presidente.

Bob salió.

D. L. Preston titubeó un poco, consultó con la mirada a Pelham, queriéndole preguntar con los ojos si debía consentir que el enviado del
CEM
usara los medios de comunicación de la base.

El general se encogió de hombros y se enfrascó en sus pensamientos.

Meditaba las palabras que debía usar en el comunicado a la Casa Blanca, las que menos enfurecieran al Primer Mandatario y a sus consejeros políticos y militares.

—Tcharnekow dijo que vendría tan pronto como hablara con Moscú —dijo Preston—. ¿Por qué no lo ha hecho desde aquí, general?

—Yo se lo ofrecí, amigo —dijo Pelham encogiéndose de

hombros otra vez—. Creo que no se fiaba de nosotros. Esos rusos siempre serán los mismos. ¿No le pidió usted que se reuniera con nosotros, señorita Maycooper?

—Así es —asintió Ann— no tardará. Debemos estudiar lo sucedido, visionaremos las grabaciones de la desaparición de la navecilla dentro de la esfera y la huida de ésta, Por suerte lo filmamos todo desde diferentes cámaras.

—Ah, sí —dijo Pelham—. ¿Cuándo estarán listas las cintas, Preston?

—Antes de una hora, general.

—Dudo que encontremos en ellas una pista. Esto es cosa de magia —refunfuñó Pelham—. Ann, ¿dónde está ahora su teoría de que la esfera era el remolque de la navecilla?

—¿Yo lo dije?

—Creo que sí. Tal vez lo dijo usted repitiendo lo que escuchó a un cerebro del
CEM
.

—No se haga el gracioso, general. Esto es muy grave.

Pelham asintió:

—Lo es. Hemos perdido una maravillosa ocasión de contactar con seres de otro planeta o de otra galaxia. Hablando de contactar, ¿es que nuestra americana nacionalizada rusa no ha sido capaz de escuchar el grito de Skawa al morir aplastado?

Carla alzó la cabeza.

—¿Por qué piensa que ha muerto así?

—Vamos, todos vimos como la navecilla entraba en la esfera, y más tarde hacerse tan minúscula que resultaba imposible seguirla.

—Está suponiendo que se ha largado muy lejos —rió Carla—. ¿Rechaza la posibilidad de que siga en la Estación… o sobre esta base?

—Ya no quiero pensar en nada, en ninguna posibilidad —Pelham miró significativamente a Ann—. No quiero hacer el ridículo.

La puerta se abrió y entró un hombre uniformado. Se cuadró delante de Preston después de mirar de reojo al general y dijo:

—Señor, hemos detectado la presencia de un cuerpo que se aproxima a la base.

—Bah, será esa nave que tuvo problemas con sus propulsores y no volvió con nosotros de la Estación —dijo Pelham.

—Es… más pequeño, señor —el soldado titubeó—. Bueno, al principio era más pequeño que la unidad de combate, pero al aproximarse aumentó de volumen. Y más rápido. Estará sobre nuestra vertical dentro de cinco minutos.

16

El teniente Carter estaba cansado y furioso. La avería en los motores le había retenido en aquel maldito lugar mucho tiempo. Le asustaba estar cerca de la grada, donde poco antes había ocurrido algo que no olvidaría en su vida. El desajuste en el inyector de combustible no era grave, sólo suponía un trabajo de dos horas, pero le irritaba quedarse allí arriba mientras sus demás compañeros volvían a la base apresuradamente, transportando a los heridos y muertos de los remolcadores.

Después de bajar y volar sobre la superficie del Mar de la Tranquilidad durante cuarenta minutos no veía la hora en poder despojarse de su traje de vuelo y darse una ducha, aunque fuera con agua reciclada mil veces.

A su lado, su ayudante, el alférez González, bostezaba sin cesar.

Ninguno quería hablar del desastre, ni tampoco los demás hombres de la tripulación.

—Base a la vista, señor —dijo González con voz agotada.

Carter echó un vistazo a la pantalla de proa. En el horizonte se alzaba la muralla del cráter. Al otro lado estaba la base y el descanso para todos, pensó recobrando un poco la serenidad.

Se oyó el chasquido del comunicador y el hombre de guardia en el radar le advirtió:

—Nos sigue una nave, señor.

—¿La ha identificado?

—Es la de esos osos, señor.

Los osos eran los rusos, sonrió Cárter.

—Ten cuidado, muchacho. Podrían estar oyéndonos.

—¿Mantengo el rumbo y entramos juntos en la base? —le preguntó González, despertando un poco de su letargo.

Carter asintió cuando el radarista le añadió la información de que a bordo de la nave rusa iba el mariscal, que regresaba de su

base para reunirse con sus colegas americanos.

—Seguiremos siendo corteses —añadió.

Carter era uno de los muchos ciudadanos de la Unión que pensaban que tarde o temprano acabarían a tiros con sus amigos los rusos, cuando el reparto de influencia y de materias primas empezara a ser un problema.

—Eh, hay otro objeto —dijo el radarista cuando la nave de la Unión volaba a un millar de metros delante de la rusa y ambas se hallaban sobre la muralla del cráter.

—¿De qué se trata ahora? —preguntó Carter, aburrido.

—¡Es algo extraño, señor! El objeto está flotando sobre la base, exactamente encima del domo de mando y… ¡Aumenta de tamaño y desciende muy despacio! ¡Los va a aplastar!

Carter giró la cabeza hacia la pantalla de proa, aumentó su imagen cuanto pudo y palideció al ver lo que sucedía abajo.

Había una esfera colosal sobre la base. Su sombra lo cubría todo. Bajaba como un globo y ya apenas la separaban unos cien metros de la cúpula de mando.

González tuvo más serenidad que el teniente y reaccionó antes.

Se ocupó de los mandos de la nave, la desaceleró cuanto pudo y la puso a describir círculos alrededor de la base.

—Los rusos están haciendo lo mismo, señor —dijo a su teniente cuando éste le preguntó qué pretendía hacer.

—Dios mío, si eso cae morirán todos —gimió Carter—. ¡Debe de pesar millones de toneladas!

—Es la misma esfera que había en la Estación, señor, y dudo que pese tanto como usted cree.

—¡Situación de combate! —Gritó Carter por el micrófono interior—. ¡Dispuestos los proyectiles de babor!

—¿Va a disparar? —Exclamó González—. Nuestros misiles podrían alcanzar el resto de la base. Mire, espere; la esfera ya no desciende.

Carter sudaba y se olía a sí mismo. ¡Cuánto deseaba una ducha!

No podía oler peor, se dijo. Seguía mirando, ahora por las pantallas de babor, la posición, aparentemente estática, de la esfera azul.

—Comunique con la base, que nos diga ese general del Pentágono qué podemos hacer —ordenó al hombre de la radio.

Aspiró aire y añadió:

—Pregúntele si debemos atacar. Somos los únicos que podemos hacerlo. Las otras naves no serán capaces de elevarse teniendo esa mole encima.

17

—Señor, la unidad Alce Verde del teniente Carter solicita instrucciones —dijo el muchacho, casi barbilampiño, despegándose del panel de comunicación—. Quiere saber si debe atacar. Está en posición para hacerlo.

Después de haber recibido la noticia de la presencia de la esfera habían subido en tropel al puesto de mando. Allí, a través de sus grandes pantallas, que parecían ventanas abiertas al espacio, habían visto la gran sombra que inundaba la base y la amenaza azul que se cernía sobre sus cabezas.

—¿Qué dice? —interpeló el general al chico.

No le había escuchado, tan absorto estaba en la contemplación de aquel fenómeno sin explicación por el momento.

Se lo repitió y Pelham contestó iracundo:

—¡Mande al teniente al diablo! Por Dios, ¿es imbécil ese hombre? ¿Cómo va a disparar a un blanco tan próximo a nosotros?

—Tal vez un misil de escasa potencia la ahuyentaría —insinuó Preston.

—De ninguna manera —exclamó Ann—. Ésta puede ser nuestra última oportunidad para contactar con los alienígenas. Ha vuelto y es lo que importa. Tengamos calma. Quizá sólo quiera impresionarnos con su poder. Si mantenemos la calma se decidirán a dar el siguiente paso.

Ann parecía entusiasmada, la única que no estaba asustada. Miraba la parte de la esfera que podía verse por la pantalla, con ansia y llena de confianza. A su lado, Carla Rossi podía engañar a un observador, que juraría que el terror se había apoderado de ella; pero Carla sólo temía por John Skawa, y los cambios de tamaño de la esfera la aturdían.

Algo frío y cálido a la vez entró en su mente y se llevó las manos a la frente, soltando un grito corto y ronco. Todos se volvieron para

mirarla.

—Estoy recibiendo…

No acabó la frase. Un poderoso resplandor ocurrió sobre la parte superior de la esfera y enseguida un ligero temblor sacudió la base.

—¡Han disparado contra la esfera! —aulló Preston.

18

El misil estalló en el meridiano de la esfera. El teniente Carter presenció la explosión, atónito, con la boca abierta por la sorpresa. Luego empezó a jurar y a maldecir.

—¡Mierda de ruso! —bramó González.

Todavía resonaba en los oídos de Carter la orden imperiosa del general Pelham de no atacar la esfera.

Pálido, agarró el comunicador tras exigir que le pusieran en contacto con la nave rusa.

—¿Qué han hecho, osos estúpidos? —gritó.

—¡Oiga, jovenzuelo, usted habla con el mariscal Tcharnekow! —surgió la voz del comunicador, alterada y rabiosa—. He ordenado disparar porque usted no se decidía a ayudar a sus compatriotas.

Carter gritó:

—¡El general Pelham me había ordenado no intervenir!

—Pues en cambio yo he pedido que acuda el resto de la flota de mi base.

—Mariscal, si usted vuelve a disparar no dudaré en lanzarle todos los misiles que llevo a bordo.

—Está loco…

El teniente afirmó:

—Hablo en serio.

—Teniente, creo que ya no podemos hacer nada.

—¿Qué dice?

—Eche un vistazo abajo, yanqui idiota.

El teniente miró la pantalla y se preguntó si las sorpresas iban a continuar aquella jomada golpeándole como un martillo. Estaba empezando a cansarse de ser un yunque.

La esfera, cuyo diámetro calculaba en mil metros, acababa de posarse sobre la base. Unos segundos más tarde se había hundido tanto en la superficie del cráter que daba la impresión de haberse

convertido en una media pelota de color azul con puntos brillantes en oro y plata.

Prácticamente había sepultado a toda la base, incluidas las unidades de combate.

19

—¿Y ahora qué? —preguntó John a Ted.

El niño y él permanecían junto a la navecilla, y a pocos metros estaban los seis seres grotescamente vestidos con las túnicas y capuchas pardas.

—Ya lo sabes todo, John. Sabes lo que has de decirles.

—¿Es que ellos no hablan? —preguntó señalando el grupo estático.

—No.

—Pues no entiendo cómo se las van a arreglar…

—El poder de la esfera está aprendiendo a hacerlo. Será el traductor. No te preocupes.

John suspiró. Ya no estaban rodeados por el cercano horizonte difuso, el cual se había alejado hasta una distancia que él no podía calcular. Miró los domos y las estructuras de la base americana que sobresalían de la superficie, las naves de combate inmovilizadas en sus muelles, atrapadas, incapacitadas de alzar el vuelo. No podían escapar del interior de la esfera que lo había abarcado todo, incluso las instalaciones subterráneas.

—¿Estás seguro de que haces lo que debes? —preguntó el hombre.

—Oh, sí. Yo quiero regresar.

—Estarás solo, pese a todo, aunque algún día llegues a encontrarte con los seres superiores a… tus plutos.

—Nada de eso, John. En donde estuve había muchos niños, de todas partes de la galaxia. Aunque no permanecí mucho tiempo con ellos me hice amigo de algunos. Sé que no estaré lo bastante allí porque debo acabar mi educación, y luego…

—¿Luego, Ted? ¿Qué harás luego?

—Eso me lo dirán ellos —señaló a los seres que aguardaban pacientemente.

—¿Y verás a sus superiores?

—Eso espero. Adiós, John.

—Eso me dijiste una vez —sonrió Skawa—, pero ya ves que hemos vuelto a encontrarnos.

Ted movió negativamente su cabeza, con firmeza.

—Ahora será definitivo, John. Jamás te veré. ¿Le darás un beso a Carla de mi parte?

—Claro que sí, pero sería muy fácil que tú se lo dieras a ella. Está justo ahí —dijo John señalando la cúpula de mando de la base.

—No hay tiempo. Hace poco le envié un mensaje, que espero haya captado.

El niño se volvió y entró en la nave. Skawa vio que cerraba la puerta desde dentro y no se preguntó cómo se las iba a arreglar para salir de la esfera ahora enormemente grande. Sabía que Ted lo haría. Faltaría más, añadió con sorna.

Cuando la nave se elevó y cruzó como un fantasma la parte superior de la esfera, John miró al grupo, estudió una vez más sus caras de perro, su piel azulada, sus ojos grandes y tristes, y les dijo:

—Vamos, muchachos. Hay que trabajar.

Y echó a andar hacia el puesto de mando.

Sin duda le estarían viendo, pensó mientras caminaba con pasos decididos y alegres.

20

Al personal de la base le costó mucho admitir que fuera de sus instalaciones, en todo el ámbito protegido por la esfera, el aire era respirable. Era como si una cúpula gigantesca hubiera caído sobre ellos, realizándose en pocos segundos el viejo proyecto de cubrirla en su totalidad, trazado hacía años y olvidado en un cajón por falta de medios económicos.

Tras creer durante unos minutos que iban a perecer aplastados, los ocupantes del puesto de mando recordaban confusamente como la oscuridad que les rodeaba cambió de súbito por una luminosidad amarilla. Tímidamente empezaron a comprender lo sucedido.

Y ahora, cuando observaban que las seis altas figuras, de casi tres metros de altura, caminaban tras el humano de piel negra, Skawa concretamente, ya no dudaron de que al otro lado de las mamparas de acero discurría un aire totalmente respirable.

—Bajemos a recibirlos —dijo el general Pelham.

—Es lo que iba a proponer —dijo Ann Maycooper.

Recibieron a la comitiva en la sala principal, después de abrir la esclusa mayor. No se produjo ninguna alteración en el encuentro de las dos presiones atmosféricas.

Skawa entró primero, seguido del grupo.

—Celebro que no hayan recurrido al retén armado para recibirnos —dijo mirando a todos, principalmente a Carla Rossi.

Pelham tosió y dijo:

—Ella nos advirtió que ustedes vendrían, por supuesto en son de paz.

—Siempre ha habido intenciones pacíficas en ellos, general —replicó Skawa señalando a sus acompañantes.

El grupo de alienígenas era el blanco de las miradas.

Skawa se preguntó cuál hubiera sido la reacción del personal de la base de no haber advertido Ted, por medio de Carla como

médium, que el propósito de sus amigos era celebrar una entrevista.

Había un cuarto cerca con sillas y fueron hasta allí. En un extremo se sentó Skawa, reclamó con un gesto a Carla y esperó un momento por si los alienígenas se decidían a sentarse; pero éstos no lo hicieron, permaneciendo en pie, evidentemente porque los asientos no les agradaban.

—Vamos a grabar todo esto, señor Skawa, se lo advierto —dijo Ann.

—Mejor así. En esta ocasión yo seré quien les hable, pero a partir de ahora será el poder de la esfera, el computador que la rige, quien lo hará en nombre de ellos.

—¿Quiénes son, John? Deben de tener algún nombre —dijo Gordon.

—Su raza o su planeta se llama Kherle —sonrió John—. Es mejor que les llamemos kherles a como lo hacía Ted, porque eso sería poco formal.

—Jesús, tengo tantas preguntas que hacerle —gimió Pelham.

—Supongo que se refiere al prodigio que hemos presenciado. Después de su estúpido intento de apoderarse de la esfera nos alejamos de la Estación tras convertirse en una pelota de ping-pong. No me pregunten cómo es posible porque yo no lo sé. Físicamente es imposible, lo admito, pero les juro que yo no sentí nada dentro de la navecilla que se encontraba en el interior de la esfera.

—¿Y esa exhibición? ¿Por qué adquirió un tamaño enormemente grande, nunca observado en los cuatro meses?

—Para convencerles de que no debían intentar nada. Pese a su intención, la nave rusa, que sigue sobrevolándonos, nos disparó. Entonces se tomó la decisión de cubrirles a ustedes. La esfera está incrustada en el subsuelo, protegiendo todas las partes vitales de la base, en evitación de nuevos disparos, aunque creo que su teniente convenció al mariscal para que no intentara otra tontería.

—Pero dejemos esto y vayamos a lo importante. Ted logró conectar su mente con la navecilla abandonada en la Tierra hacía siglos y voló con ella al planeta Kherle, habitado por esta raza. El chico no fue muy explícito al respecto, pero yo tengo mis dudas de que los kherles sean los únicos protagonistas. Tal vez existan otros seres por encima de ellos que los utilizan como brazo ejecutor de

sus designios.

—Ted les relató, a su manera, como es la Tierra. Ellos la vigilaron una vez, y algo debió ocurrir porque el tripulante de la navecilla no pudo regresar. Tras un corto tiempo, los kherles decidieron venir y dijeron a Ted que ellos comprendían que la humanidad estaba en un callejón sin salida y que en breve tiempo se ahogaría en nuestro planeta, sin ninguna posibilidad de sobrevivir.

—¿Un niño les describió un cuadro tan patético? —preguntó Preston, incrédulo.

—No olvide que han tenido cuatro meses para estudiarnos —le recordó Skawa—. A esto se debió su silencio, justifica su espera en la vieja Estación de donde partió el Vorágine.

—¿Nos va a proponer Kherle un plan de ayuda?

—Sí, eso es. Ellos conocen cientos de planetas adecuados para los humanos en la galaxia. Nos los ofrecen graciosamente, a cambio de nada.

—¿Seguro que no ocultan intenciones malévolas?

—Bah, general. Su cultura y su adelanto tecnológico deberían hacemos creer que no necesitan para nada nuestro planeta cargado de mierda y basuras —rió Skawa—. Cuando supieron que una vez intentamos mandar gente a la estrella más próxima, concibieron el proyecto de ayudarnos a construir naves mucho más grandes que el Vorágine. Son capaces de enviarlas con toda garantía a los mundos que saben aptos para nosotros, a docenas o cientos de años luz.

—¿Van a entregarnos esas naves?

—Nos facilitarán los diseños para que nosotros las construyamos en la Estación, una vez remozada y adaptada su grada, fabricando otras para facilitar la producción de varias naves a la vez.

—¿Y dice que conocen en qué situación está la Tierra? ¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Apenas contamos con energía, materias primas? El proyecto Vorágine se desechó porque no podía ser financiado ni trasladar preciosos recursos, tan necesarios en la Tierra, a él. —Al general le costó un esfuerzo añadir—: En pocos años se agotará el petróleo, el uranio, todo…

—La Tierra pondrá la mano de obra —dijo Skawa—, los minerales que serán extraídos de la Luna, los técnicos, la coordinación, y la gente para la tripulación. Por su parte, los

kherles supervisarán todo y nos entregarán los impulsores para que las naves viajen más veloces que la luz y los pasajeros no tengan problemas con la distorsión del tiempo. Un Impulsor K, como podemos llamarlo desde ahora, posee la propiedad de viajar por el tiempo a la vez que lo hace por el espacio. Un planeta situado a cien años luz sería fácilmente alcanzado en poco más de dos años, con la garantía de que los viajeros se encontrarían en un mundo similar a la Tierra, en donde les sería sumamente fácil desarrollar una colonia próspera. La intención de los kherles es liberar a la Tierra de la presión demográfica y de escasez que la está ahogando.

—De todas formas, aunque el proyecto es sugestivo, el esfuerzo para construir las naves sumiría a la Tierra en un mayor empobrecimiento —meneó la cabeza el general.

Skawa pensó que Pelham hablaba de la Tierra en general, de todas las naciones, cuando en realidad sólo se preocupaba por la situación de la Unión, y quizá también por Rusia, y no por altruismo, sino porque para su propia seguridad no se podía dejar a los rusos al margen.

—Los kherles han pensado en este problema —dijo John—. Ellos se comprometen a facilitar pequeños pero poderosos generadores de energía a todas las naciones.

Skawa notó enseguida que en Ann Maycooper florecía una sonrisa por momentos más amplia. Seguramente la chica ya estaba haciendo funcionar su mente, calibrando las ventajas económicas del grupo de poderosas multinacionales encuadradas bajo las siglas CEM. Se encogió de hombros y prosiguió:

—Los kherles, a través del computador de su esfera, darán las instrucciones pertinentes. No se moverán de los alrededores de la Luna y tienen la intención de aparecerse a los humanos únicamente cuando lo consideren oportuno.

—¿Cómo los viejos dioses? —rió Ann.

—¿Y todo esto sin condiciones? —preguntó Pelham.

—Hay algunas.

—Me lo temía —gruñó el general.

—Por mi parte considero que carecen de importancia —dijo Skawa—. Ellos elegirán los destinos de las expediciones y supervisarán y darán su visto bueno a los pasajeros y tripulantes,

señalarán las fechas de partida y… exigen que la Tierra conozca exactamente lo que está pasando. Nada de ocultar a ninguna nación que sus ciudadanos tienen la oportunidad de emigrar a otros mundos.

—¿Qué cantidad de emigrantes y cuánto tiempo será necesario para que la primera nave parta a las estrellas?

—Eso será comunicado más adelante. Su pretensión es que la primera nave despegue de la Estación antes de dos años.

—¿Están locos? Eso será imposible. Tardamos cinco años en construir el «Vorágine» —exclamó Ann.

—El esfuerzo de toda la Tierra lo hará posible.

—¿Cuándo nos entregarán los impulsores y esos generadores que deberán proporcionar energía barata e inagotable a nuestras ciudades? —preguntó Gordon.

—Inmediatamente —sonrió Skawa—. Señor Gordon, Ann, lamento tener que darles un disgusto.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bob enarcando una ceja.

—No es una amenaza, pero si los kherles llegaran a sospechar que las naciones terrestres no cumplían con su deber, se marcharán. Ante el más mínimo síntoma de peligro a su integridad.

Skawa contuvo con un ademán la intención de Ann de hablar.

—Espera. En algunos sitios los kherles son conocidos por un sobrenombre.

—¿Por el de magnánimos? —bromeó Bob Gordon.

—No. Ellos son los Amos del Sello —Skawa retrocedió hasta el kherle que tenía más próximo, le agarró un brazo y se lo alzó. La amplia manga de la túnica se escurrió y mostró a todos una mano grande—. Mirad. Éste es otro de sus poderes. Como os decía a vosotros los representantes del CEM, olvidaos de echar vuestras zarpas en los impulsores y los generadores. Jamás conoceréis su secreto.

Los presentes se fijaron que el kherle lucía en un dedo un extraño anillo coronado por un sello grande, redondo y de color verde.

—Es la llave que encierra sus secretos, lo que os impedirá escudriñar el alma del Impulsor K, y también del generador que aliviará los padecimientos de la Tierra.

Skawa bajó la mano.

—Es el momento que ellos deben marcharse. Aguardarán lejos de la Luna. Sabrán cuando regresar, tan pronto como la Tierra conozca su presencia y las naciones acepten el proyecto —dijo.

Los kherles agitaron sus túnicas. El más cercano a los terrestres los miró con sus grandes ojos, abrió un poco su boca enorme y emitió unos sonidos roncos. Luego se volvió y caminó con sus demás compañeros hasta la salida.

John pasó un brazo por los hombros de Carla y ésta le preguntó, cuando la compuerta se cerró tras los kherles:

—¿Estoy soñando, John? Todo esto es tan increíble…

—Es auténtico, cariño. —Se volvió hacia el general Pelham—. Creo que usted debería informar al mariscal Tcharnekow cuando la esfera se aleje. Seguro que está muy intrigado con todo cuanto está ocurriendo.

—¿Cree que la esfera no causará daños al marcharse?

—En absoluto.

Cuando subieron al puesto de mando comprobaron llenos de consternación que se habían perdido el espectáculo del alejamiento de la esfera. La base volvía a estar como siempre, en medio del cráter y rodeada del vacío lunar. Sobre ella volaban la nave Alce Verde y la unidad rusa. Por el altavoz se escuchaba la voz furiosa del mariscal, demandando información. Los técnicos llamaron enseguida para decir que no había rastro alguno de la esfera en el radar.

El general Pelham se rascaba una oreja, pensativo.

—Me pregunto por qué no nos facilitan esferas como ésa para viajar a las estrellas en lugar de naves, casi convencionales, por mucho impulsor de que dispongan.

—Esa técnica está demasiado lejos para que podamos comprenderla, general —dijo Skawa—, como la pequeña nave que se llevó Ted lo está, aunque no lo crea, para los kherles.

—¿Quiere decir que hay otros seres por encima de ellos?

—No estoy seguro. Les he dicho todo cuando sé. A partir de ahora recibirán instrucciones de los kherles por medio de la esfera. En ella hay un poder, un código estricto.

Ann se acercó y dijo:

—John, los que confiábamos en ti no nos hemos equivocado.

Suponíamos que sólo Carla y tú seríais capaces de allanar el camino para establecer el contacto con los alienígenas. ¿Qué podemos hacer ahora por vosotros?

—Dejadnos en paz, queremos volver cuanto antes a la Tierra.

Consultó a Carla y ésta asintió, mirando desafiante a Ann.

—Saldréis inmediatamente para la Unión. ¿Estás segura de que no quieres volver a Rusia, Carla?

—Iré donde vaya John.

—Magnífico. Hoy es un gran día. Se ha disipado el oscuro horizonte que reducía las posibilidades de futuro de la Tierra —dijo Ann, muy contenta.

—¿Tú crees? —Preguntó John—. ¿De verdad crees que será todo tan fácil?

Tomó a Carla por la cintura y salió del puesto de mando.

—Es un pesimista —gruñó el general—. Por Dios, decidle al ruso que descienda de una vez —sonrió—. Empecemos a cumplir los deseos de esos perros informando a nuestros amigos rusos. Por cierto, ¿no os parece que esos kherles se parecen a cierto personaje de Disney?

FIN